

LIBRO V: LA RESURRECCION DE LA CARNE

Prólogo

[1119] Mis hermano querido, en los primeros cuatro libros que te hemos enviado, han quedado refutados todos los herejes, y desenmascaradas las doctrinas que ellos enseñan, así como también sus mal interpretadas teorías. Conocimos algunas de ellas a través de las explicaciones que nos llegaron mediante sus escritos, otras por medio de la conclusión que se sigue de todos sus argumentos. También hemos expuesto la verdad y mostrado la predicación de la Iglesia, que, como hemos demostrado, corresponde a la proclamación de los profetas, Cristo la ha llevado a la perfección, los Apóstoles la han transmitido, y la Iglesia la ha recibido en todo el universo (356). Esta es la única que, como fiel custodio, la trasmite a sus hijos. Igualmente hemos resuelto todas las cuestiones que los herejes nos proponen; y hemos explicado la doctrina apostólica, y expuesto muchas verdades que el Señor realizó y enseñó por medio de parábolas.

En este quinto libro de toda la obra, sobre *la Exposición y refutación de la falsa gnosis*, trataremos de mostrar cuanto se refiere al resto de la doctrina de nuestro Señor y de las cartas de los Apóstoles, tal como nos has pedido. Obedecemos a tu mandato, porque nuestra misión es el servicio de la Palabra (Hech 6,4). Por eso elaboramos esta doctrina hasta donde da nuestra capacidad, usando todos los medios posibles, a fin de proporcionarte una ayuda [1120] contra los ataques de los herejes, para volver a conducir y convertir a la Iglesia de Dios a quienes han errado, y para confirmar a los neófitos, de manera que sean capaces de mantenerse firmes en la fe que recibieron custodiada por la Iglesia. De este modo no podrán engañarlos aquellos que les enseñan mal, tratando de apartarlos de la verdad.

Conviene que tú y cuantos lean este escrito se informen cuidadosamente de cuanto hemos dicho anteriormente, para que conozcan los argumentos mismos que hemos refutado. Siguiendo este camino podréis oponeros a ellos y estar preparados para acoger las pruebas contra sus errores; y seréis capaces de tirar como estiércol sus doctrinas, con la fe que viene del cielo, siguiendo al único Maestro verdadero, el Verbo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, quien por su inmenso amor (Ef 3,19) se hizo lo que nosotros somos, a fin de elevarnos a lo que él es.

1. La resurrección de la carne

1.1. Fin de la encarnación

1.1. Porque nosotros no habríamos podido aprender de otra manera las cosas divinas, si nuestro Maestro, el Verbo, no se hubiese hecho hombre; ni algún otro podía narrarnos las cosas del Padre (Jn 1,18), [1121] sino su propio Verbo: «¿Pues quién (fuera de él) conoce la mente del Señor? ¿o quién es su consejero?» (Rom 11,34). Ni nosotros habríamos podido aprender de otro modo, sino viendo a nuestro Maestro y participando de su voz con nuestros oídos, como imitadores de sus obras, que se hacen cumplidores de sus palabras (Sant 1,22), que tienen comunión con él (1 Jn 1, 6). Nosotros, los que hemos nacido recientemente, recibimos el crecimiento del que es perfecto y anterior a toda la creación, y el único bueno y excelente; y a semejanza de aquél, para obtener de él el don de la incorrupción, puesto que hemos sido predestinados a existir (Ef 1,11-12)

cuando aún no existíamos, según el preconocimiento del Padre (1 Pe 1,2); y comenzamos a existir por el ministerio del Verbo en los tiempos prefijados (357).

El es completo en todo, como Verbo poderoso y hombre verdadero, y nos compró con su sangre a la manera propia del Verbo (358) (Col 1,14), dándose a sí mismo en rescate (1 Tim 2,6) por los que habíamos sido hechos cautivos. Y como de modo injusto dominaba sobre nosotros la apostasía, y siendo nosotros, por naturaleza, propiedad de Dios todopoderoso, nos enajenó contra naturaleza y nos hizo sus discípulos; como el Dios Verbo es poderoso y no falla en la justicia, justamente se volvió contra esa apostasía, para redimir de ella lo que era suyo; no por la fuerza, como aquella había dominado nuestros inicios arrebatando insaciablemente lo que no era suyo; sino por persuasión, como convenía a un Dios que persuade y que no nos fuerza a recibir lo que él quiere; de modo que ni se destruyese lo que es justo ni se perdiese la antigua criatura de Dios.

Así pues, el Señor nos redimió con su propia sangre (Col 1,14), dando su vida por la nuestra y su carne por nuestra carne, y derramando el Espíritu del Padre para la unidad y comunión entre Dios y los hombres. Así trajo a Dios a los hombres mediante el Espíritu; y levantando los hombres a Dios por medio de su propia carne, por su venida nos otorgó su inmortalidad de manera firme y verdadera, mediante la comunión con él. Con esto se destruyen todas las doctrinas de los herejes.

1.2. Contra los docetas

1,2. Están locos, pues, quienes dicen que él se manifestó en apariencia; [1122] porque estas cosas no sucedían en apariencia, sino en la substancia de la verdad. Porque si no siendo hombre aparecía como hombre, entonces no habría seguido siendo en verdad lo que era, Espíritu de Dios (359), ya que el Espíritu es invisible; ni habría alguna verdad en él, ya que no era lo que parecía. Ya hemos dicho que Abraham y los demás profetas lo habían visto proféticamente, y habían profetizado por la visión lo que habría de ser en el futuro. Pero si luego apareció sin ser aquello que parecía, entonces habría sido para los hombres sólo una visión profética, y entonces habría que esperar la venida de aquél, tal como debía ser según se vería entonces en aparición profética. Ya hemos demostrado que es lo mismo afirmar que se manifestó en apariencia, y que nada tomó de María; porque no habría tenido verdadera carne y sangre para por ellas redimirnos, si no hubiese recapitulado en sí la antigua criatura de Adán. Están pues locos los valentinianos que esto enseñan, porque anulan la vida de la carne al rechazar la obra modelada por Dios.

1,3. También están locos los ebionitas cuando rechazan la unión de Dios y del hombre, porque no lo reciben por la fe en su alma. Perseveran en el viejo fermento de su viejo origen (360), y no quieren comprender que el Espíritu Santo descendió sobre María, y el poder del Altísimo la cubrió. Por eso el que fue engendrado es santo e Hijo de Dios Altísimo, Padre de todas las cosas, el cual, llevando a cabo la encarnación, reveló un nuevo nacimiento. [1123] Pues así como por el viejo nacimiento heredamos la muerte, así por este nacimiento heredamos la vida.

De esta manera ellos condenan la mezcla del vino celeste, y quieren ser sólo agua mundana, y por eso no aceptan que Dios entre en comunión con ellos; sino que perseveran en aquel Adán vencido y echado del paraíso. No miran que, así como al

principio el aliento de vida que Dios sopló en Adán, al unirse con la criatura plasmó al hombre, mostrándolo animal racional, así también al final el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, unido a la substancia de Adán como a su antigua criatura, lo transforma en hombre viviente y perfecto, y capaz de recibir al Padre perfecto. De este modo, así como todos hemos muerto en la condición animal, así también todos tendremos la vida en la espiritual. Porque Adán jamás escapó de las manos de Dios, a las cuales el Padre dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26). Por eso, al final, no por deseo de la carne ni por deseo de varón (Jn 1,13), sino por el beneplácito del Padre, sus manos llevaron a plenitud al hombre viviente, para que se haga conforme a la imagen y semejanza de Dios [\(361\)](#).

1.3. Contra los marcionitas

2.1. Igualmente están locos quienes afirman [1124] que el Señor vino a lo que no era suyo, como si hubiese anhelado lo ajeno, a fin de presentar a un hombre hecho por otro, a un Dios que ni lo habría hecho ni creado; sino que habría quedado desde el principio privado de su propia hechura humana. Su venida habría sido injusta, pues según ellos habría venido a lo que no le pertenecía; ni nos habría redimido con su sangre si no se hubiese hecho hombre verdadero, para restaurar a su criatura; pues, según dice la Escritura, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). De este modo, no arrebató dolosamente lo ajeno, sino que asumió con justicia y benignidad lo que era suyo: con justicia en cuanto a la apostasía, pues con su sangre nos liberó de ella (Col 1,14); y con benignidad respecto a nosotros, los que hemos sido redimidos. Pues ni nosotros le hemos dado nada (Rom 11,35) para merecerlo, ni él necesita de nosotros como si fuese un indigente; pues somos nosotros a quienes hace falta cuanto nos lleva a la comunión con él. Por eso se entregó generosamente a sí mismo, a fin de reunirnos en el seno del Padre.

1.4. Contra quienes niegan la resurrección: la Eucaristía

2.2. Están enteramente locos quienes rechazan toda la Economía de Dios, al negar la salvación de la carne y despreciar su nuevo nacimiento, pues dicen que ella no es capaz de ser incorruptible. Pues si ésta no se salva, entonces ni el Señor nos redimió con su sangre, ni el cáliz de la Eucaristía es comunión con su sangre, ni el pan que partimos es comunión con su cuerpo (1 Cor 10,16). Porque la sangre no puede provenir sino de las venas y de la carne, [1125] y de todo lo que forma la substancia del hombre, por la cual, habiéndola asumido verdaderamente el Verbo de Dios, nos redimió con su sangre. Como dice el Apóstol: «En él tenemos la redención por su sangre y la remisión de los pecados» (Col 1,14). Y, como somos sus miembros (1 Cor 6,15) y nos alimentamos por medio de criaturas, él mismo nos facilita su creación, haciendo salir el sol y llover como él quiere (Mt 5,45). Pues él mismo confesó que el cáliz, que es una criatura, es su sangre (Lc 22,20; 1 Cor 11,25), con el cual hace crecer nuestra sangre; y el pan, que es también una criatura, declaró que es su propio cuerpo (Lc 22,19; 1 Cor 11,24), con el cual hace crecer nuestros cuerpos.

2.3. En consecuencia, si el cáliz mezclado [\(362\)](#) y el pan fabricado reciben la palabra de Dios [\(363\)](#) para convertirse en Eucaristía de la sangre y el cuerpo de Cristo, y por medio de éstos crece y se desarrolla [1126] la carne de nuestro ser, ¿cómo pueden ellos negar que la carne sea capaz de recibir el don de Dios que es la vida eterna, ya que se ha nutrido con la sangre y el cuerpo de Cristo, y se ha convertido en miembro suyo?

Cuando escribe el Apóstol en su Carta a los Efesios: «Somos miembros de su cuerpo» (Ef 5,30), de su carne y de sus huesos, no lo dice de algún hombre espiritual e invisible - pues «un espíritu no tiene carne ni huesos» (Lc 24,39)- sino de aquel ser que es verdadero hombre, que está formado por carne, huesos y nervios, el cual se nutre de la sangre del Señor y se desarrolla con el pan de su cuerpo.

[1127] Cuando una rama desgajada de la vid se planta en la tierra, se pudre, crece y se multiplica por obra del Espíritu de Dios que todo lo contiene. Luego, por la sabiduría divina, se hace útil a los hombres, y recibiendo la Palabra de Dios, se convierte en Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Cristo. De modo semejante también nuestros cuerpos, alimentados con ella y sepultados en la tierra, se pudren en ésta para resucitar en el tiempo oportuno: es el Verbo de Dios quien les concede la resurrección, para la gloria de Dios Padre (Fil 2,11). Este es quien transforma lo mortal en inmortal, y a lo corruptible concede gratuitamente hacerse incorruptible (1 Cor 15,53), pues el poder de Dios se manifiesta en la debilidad (2 Cor 12,9).

Por eso no debemos presumir de tener la vida por nosotros mismos, pues esto sería levantarse contra Dios, con una mente ingrata. Al contrario, por la experiencia hemos de aprender que de su grandeza, y no de nuestra naturaleza, recibimos como don el vivir para siempre. Así pues, ni vayamos alguna vez a privarnos de la gloria que de Dios procede, ni ignoremos lo que es nuestra naturaleza; [1128] sino que hemos de saber cuál es el alcance del poder divino, y qué recibe el hombre en razón de beneficio. De este modo no erraremos acerca de la verdadera comprensión de lo que es propio de Dios y de lo que al hombre corresponde. ¿O acaso, como antes hemos dicho, no ha permitido Dios que nosotros nos desintegremos (en la tierra), a fin de que por todos los medios hagamos el esfuerzo por aprender, venciendo la ignorancia sobre Dios y sobre nosotros mismos?

1.5. Obra del poder del Padre en la carne

3,1. En su segunda Carta a los Corintios el Apóstol muestra con toda claridad que el hombre fue dejado a su propia debilidad, no fuese a suceder que, por orgullo, se apartase de la verdad: «Y para que por la sublimidad de las revelaciones no me engría, se me dio el aguijón de la carne, un ángel de Satanás que me abofetea. Por eso le pedí al Señor que me lo quitara, pero él me dijo: *Te basta mi gracia, porque el poder se perfecciona en la debilidad*. Por este motivo me glorí en mis debilidades, a fin de que habite en mí el poder de Cristo» (2 Cor 12,7-9). ¡Cómo! -te dirá alguno-, ¿el Señor quiso que su Apóstol fuese abofeteado y que sufriera tal debilidad? Sí, te dice la Palabra, «porque el poder se perfecciona en la debilidad», haciendo mejor a aquel que por su debilidad descubre [1129] la potencia de Dios. Pues, ¿de qué otra manera el hombre podía reconocerse débil y mortal por naturaleza, y a Dios inmortal y poderoso, si no hubiese aprendido por propia experiencia lo que son uno y otro?

Ningún mal hay en descubrir la propia debilidad al sufrirla, pues éste es mayor bien que errar acerca de la propia naturaleza. En cambio, alzarse contra Dios y presumir de la gloria como si fuese propia, torna ingrato al hombre, lo cual le causa mucho daño; pues le arrebató al mismo tiempo la verdad y el amor que debe a aquel que lo hizo. Pero la experiencia de lo uno y de lo otro le proporciona el verdadero saber acerca de Dios y del hombre, y aumenta en éste el amor a Dios; pues ahí donde abunda el amor, ahí también se acrecienta la gloria, por el poder de Dios, de aquellos que lo aman ([364](#)).

3.2. Desprecian el poder de Dios y no contemplan la verdad, quienes miran la debilidad de la carne sin contemplar también el poder de aquel que la resucita de entre los muertos (Heb 11,19). Si no da la vida a lo mortal ni la incorrupción a lo corruptible, entonces Dios deja de ser poderoso. Pero, que en todas estas cosas Dios manifiesta su poder, lo podemos descubrir en nuestro origen, pues Dios modeló al hombre del barro de la tierra (Gén 2,7). Y, sin embargo, es más difícil y duro de creer que han sido hechos de la nada los huesos, los nervios [1130] y las venas y toda la estructura del hombre para que éste exista como un animal racional, que el volver a reintegrar a aquel que había sido creado y luego se había deshecho en la tierra, regresando a aquellos elementos de los que al principio había sido plasmado cuando aún no existía. Porque aquel que a los comienzos hizo que existiera lo que no existía, cuando él lo quiso, mucho más, según su voluntad, volverá de nuevo a restituir a la vida a aquéllos a quienes él se la ha dado.

Se descubrirá que la carne es capaz de recibir el poder de Dios, así como al principio acogió su arte. Una parte de ésta llegó a ser ojo que ve, otra oído que oye, otra mano que obra y palpa, otra nervios extendidos por todo el cuerpo para dar forma a los miembros, otra arterias y venas por las que circulan la sangre y la respiración, otra vísceras diversas, otra sangre, dando lugar a la unión del alma con el cuerpo. [1131] ¿Qué más decir? No es posible enumerar todos los elementos de los miembros humanos, que no provienen de otra fuente sino de la grande sabiduría de Dios (Sal 104[103],24). Pues todo aquello que participa de la sabiduría de Dios, también tiene parte en su poder.

3.3. La carne, pues, no está privada de la sabiduría y del poder de Dios: porque el poder de aquel que le da la vida, se muestra en la debilidad (2 Cor 12,9), esto es, en la carne. Si esto es así, que quienes hipotizan que la carne no es capaz de la vida como don de Dios nos digan si ellos mismos en este momento viven y participan de esta vida, o si se consideran ahora mismo ya muertos. Mas si están muertos, ¿cómo se mueven, hablan y realizan todas aquellas obras propias de vivos y no de muertos? Pero si ahora viven y todo su cuerpo está lleno de vida, ¿confiesan que tienen vida en el presente? Porque si no, serían como aquel que, teniendo en la mano una esponja llena de agua o una antorcha encendida, dijese que una esponja no es capaz de contener agua o una antorcha fuego. [1132] De manera semejante ellos, diciendo vivir y alegrándose de tener vida en sus miembros, teorizan que sus miembros no son capaces de la vida. Y eso que esta vida temporal, siendo mucho más débil que la eterna, sin embargo es tan poderosa que puede vivificar nuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). ¿Por qué la vida eterna no será capaz de vivificar la carne ya ejercitada y acostumbrada a llevar la vida?

Que la carne participe de la vida verdadera, se muestra por la misma vida presente: pues vive en cuanto Dios quiere que viva. Y que Dios es poderoso para dar la vida, es evidente: pues nosotros vivimos porque él nos ha concedido la vida. Y siendo Dios poderoso para dar la vida a su creatura, siendo capaz de vivificar la carne, ¿qué puede impedir que la carne pueda recibir la incorrupción, la cual no es sino una larga vida sin fin que Dios concede?

1.6. El Padre que ellos predicán es falso

[1133] 4,1. Aquellos que fabrican otro Padre al que llaman bueno, fuera del Demiurgo se engañan a sí mismos; pues, al afirmar que no es él quien vivifica a nuestros cuerpos, lo suponen débil, inútil y negligente, por no decir egoísta y celoso. Pues ellos mismos dicen que muchas cosas, de todos conocidas, son inmortales, como el espíritu, el alma y

otras semejantes, porque el Padre les da la vida; pero éste deja otras cosas, las cuales no podrían dar la vida si Dios no se la da; eso prueba que tal Padre de ellos es débil e impotente, e incluso celoso y envidioso. Ya hemos expuesto cómo el Demiurgo da vida a nuestros cuerpos mortales en este mundo y, como lo ha prometido por los profetas, les dará la resurrección: ¿quién puede mostrarse más poderoso, más fuerte y realmente bueno? ¿el Demiurgo, que da vida a todo el ser humano, o el que ellos falsamente llaman Padre, el cual finge dar la vida a aquellos seres que son por naturaleza inmortales, pero que abandona a aquellos que necesitan de su ayuda para vivir, no dándoles benignamente la vida, sino dejándolos negligentemente en la muerte? Este, al que ellos llaman Padre, ¿o no les da la vida aunque podría dársela, o no se la da porque pudiendo no quiere hacerlo? Si no lo hace porque no está en su poder, entonces dicho Padre no es poderoso ni perfecto como el Demiurgo: pues el Demiurgo da la vida, como se ve claramente, mientras aquél no podría darla. Si en cambio no lo hace porque pudiendo dar la vida no la quiere dar, entonces dicho Padre no es bueno, sino egoísta y negligente.

4,2. Mas si ellos aducen otra causa por la cual el que ellos llaman Padre no da la vida a los cuerpos, por fuerza dan a entender que tal causa es más poderosa que el Padre; porque dicha causa limitaría su bondad, y por tanto su benignidad quedaría debilitada por la pretendida causa. Pues que los cuerpos son capaces de recibir la vida, es para todos evidente: porque viven según Dios quiere que vivan; por este motivo ellos no pueden alegar que los cuerpos sean incapaces de vivir. [1134] Pero si, pudiendo participar de la vida, no la reciben por otra causa o necesidad, en tal caso el Padre que ellos hipotizan está sujeto a tal necesidad o causa, y por tanto no es libre y dueño de sus decisiones.

1.7. El poder del Dios que da la vida

5,1. Si Dios lo quiere, los cuerpos humanos pueden vivir mucho tiempo. Si leen las Escrituras, encontrarán que hombres de la antigüedad superaron los 700, 800 o 900 años: sus cuerpos alcanzaban a vivir largo tiempo, y gozaban de la vida cuanto Dios quería que ellos viviesen. ¿Qué decir sobre ellos? Enoc fue agradable a Dios, y fue trasladado en su cuerpo (Gén 5,24) a la otra vida, para indicar la sobrevivencia de los justos. Y Elías fue asumido en su substancia criatural (2 Re 2,11), como un anuncio profético de la ascensión de los hombres espirituales. El cuerpo no les impidió ser trasladados y asumidos; porque los trasladaron y asumieron las mismas manos que al principio los habían creado.

Las manos de Dios se habían acostumbrado en Adán a ordenar, [1135] sostener y apoyar a su criatura, y a ponerla y cambiarla a donde querían. ¿Dónde fue colocado el primer hombre? En el paraíso, como dice la Escritura: «Y Dios plantó un jardín en el Edén, hacia el oriente, y ahí puso al hombre que había formado» (Gén 2,8). De ahí fue arrojado a este mundo, una vez que pecó. Por eso dicen los presbíteros, discípulos de los Apóstoles, que allá se llevó a quienes fueron trasladados (porque el paraíso se preparó para los justos, portadores del Espíritu: ahí fue elevado también Pablo, que escuchó palabras inefables para quienes vivimos en este mundo: 2 Cor 12,4). Allí permanecen hasta la consumación (de los siglos) preludiando la incorrupción.

5,2. Hay quienes juzgan imposible que algunos hombres hayan vivido tanto tiempo, y que Elías haya sido arrebatado en la carne, habiendo sido consumida su carne en el

carro de fuego (2 Re 2,11). Ese tal caiga en la cuenta de que también Jonás, arrojado al mar y absorbido en el vientre de la ballena, por mandato de Dios de nuevo fue echado salvo a tierra (Jon 1-2). Igualmente Ananías, Azarías y Misael, arrojados al horno de fuego encendido siete veces, ni sufrieron daño ni olieron [1136] a carne quemada (Dan 3). En todos ellos la mano de Dios realizó estas cosas impensadas e imposibles a la naturaleza humana. ¿Por qué admirarse, pues, si también en aquellos que mueren obra algo para nosotros impensado, sujeto a la voluntad del Padre? Dicha mano es el Hijo de Dios, según dice la Escritura que el rey Nabucodonosor exclamó: «¿Acaso no he echado al horno a tres varones? Pues yo veo a cuatro caminar en medio del fuego, y el cuarto parece el Hijo de Dios» (Dan 3,91-92).

Por consiguiente, ni la naturaleza de todas las cosas creadas, ni la debilidad de la carne, son más fuertes que la voluntad divina. Dios no está sujeto a las cosas que ha hecho, sino éstas a él, y en todo sirven a su voluntad. Por eso dice el Señor: «Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (Lc 18,27). Pues así como a quienes ignoran las economías de Dios (365) les es imposible entender que algún ser humano pueda vivir tantos años, así también algunos que vivieron antes que nosotros siguen viviendo después de haber sido trasladados (al cielo), según la longevidad que los primeros prefiguraron (Sal 23[22],6), al salir salvos del vientre de la ballena y del horno ardiente: porque eran llevados por la mano de Dios, para mostrar su poder. Lo mismo sucede ahora, aunque haya quienes, ignorando el poder y la promesa de Dios, se oponen a su propia salvación; pues juzgan imposible que Dios resucite a los muertos a fin de concederles durar para siempre. Mas la incredulidad de éstos no puede anular la fidelidad de Dios (Rom 3,3).

1.8. Quiénes son los hombres espirituales

6.1. Dios será glorificado en su criatura [1137] que por su bondad ha hecho semejante a él, y conforme a la imagen de su Hijo. Pues el hombre, y no sólo una parte del hombre, se hace semejante a Dios, por medio de las manos de Dios, esto es, por el Hijo y el Espíritu. Pues el alma y el Espíritu pueden ser partes del hombre, pero no todo el hombre; sino que el hombre perfecto es la mezcla y unión del alma que recibe al Espíritu del Padre, y mezclada con ella la carne (366), que ha sido creada según la imagen de Dios. Por eso dice el Apóstol: «Hablamos de la sabiduría de los perfectos» (1 Cor 2,6); llamando perfectos a quienes recibieron el Espíritu de Dios, y que hablan en todas las lenguas por el Espíritu de Dios, como él mismo hablaba.

También nosotros hemos oído a muchos hermanos en la Iglesia, que tienen el don de la profecía (367), y que hablan en todas las lenguas por el Espíritu, haciendo público lo que está escondido en los hombres y manifestando los misterios de Dios, a quienes el Apóstol llama espirituales (1 Cor 2,15): éstos son espirituales, porque participan del Espíritu; pero no desnudos y privados de la carne, como si lo recibiesen sólo de manera desnuda. Pues si alguien prescindiera de la substancia de la carne, esto es de la criatura, y quisiera entender lo anterior como dicho sólo del puro espíritu (368), entonces no se podría hablar de que el hombre en cuanto tal es espiritual, sino sólo del espíritu del hombre y del Espíritu de Dios (1 Cor 2,11). Mas este Espíritu se une a la criatura al mezclarse con el alma; y así por la efusión del Espíritu, el hombre se hace perfecto y espiritual: y éste es el que ha sido hecho según la imagen y [1138] semejanza de Dios (Gén 1,26). Si le faltase el Espíritu al alma, entonces seguiría como tal, siendo animado;

pero quedaría carnal, en cuanto se le dejaría siendo imperfecto (369): tendría la imagen en cuanto criatura, pero no recibiría la semejanza por el Espíritu.

Pues así como éste sería imperfecto, así también, si alguno suprimiera la imagen y despreciara la creatura, ya no podría hablar de todo el hombre, sino sólo o de una parte del hombre (como arriba dijimos) o de algo distinto del hombre. No es que la sola carne creada sea de por sí el hombre perfecto, sino que es sólo el cuerpo del hombre y una parte suya. Pero tampoco sola el alma es ella misma el hombre; sino que es sólo el alma del hombre y una parte del hombre. Ni el Espíritu es el hombre: pues se le llama Espíritu y no hombre. Sino que la unión y mezcla de todos éstos es lo que hace al hombre perfecto. Por eso el Apóstol, manifestándose a sí mismo, explicó que el hombre espiritual y perfecto es el que se salva, según afirma en la primera Epístola a los Tesalonicenses: «El Dios de la paz os santifique y haga perfectos, y que todo vuestro ser, Espíritu, alma y cuerpo, permanezcan sin mancha hasta la venida del Señor Jesucristo» (1 Tes 5,23). ¿Y qué otro motivo tenía para suplicar que hasta la venida del Señor perseverasen íntegros y perfectos estos tres, o sea el alma, el cuerpo y el Espíritu, si no supiese que era única y la misma, la salvación de todos los tres íntegros y unidos? Por eso llama perfectos a quienes muestran al Señor estos tres elementos sin mancha. Son, pues, perfectos quienes tuviesen en sí de modo permanente al Espíritu de Dios, conservando sin mancha el cuerpo y el alma. Al decir «de Dios», se refiere a los que conservan la fe en Dios, y mantienen la justicia respecto a su prójimo.

1.9. Por qué resucita la carne

[1139] 6,2. Por eso dice que la carne plasmada es templo de Dios: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno violase el templo de Dios, Dios lo destruirá; porque el templo de Dios es sagrado, y éste sois vosotros» (1 Cor 3,16). Abiertamente llama templo al cuerpo en el cual habita el Espíritu. Así como dice el Señor: «*Destruid este templo, y en tres días lo resucitaré. Y esto lo dijo refiriéndose a su cuerpo*» (Jn 2,19.21). Pero no sólo sabe que nuestros cuerpos son templos, sino que son templos de Cristo, como cuando dice a los Corintios: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y tomaré los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta?» (1 Cor 6,15). No afirma esto de ningún otro hombre espiritual; pues tampoco se abrazó él a una meretriz: sino que se refiere a nuestro cuerpo (esto es, al que vive en la santidad y pureza), cuando lo llama miembro de Cristo; porque éste es el que, al unirse a una meretriz, se hace miembro de la meretriz. Por eso dice: «Si alguno violase el templo de Dios, Dios lo destruirá» (1 Cor 3,17). Pues si alguno afirma que el templo de Dios, en el cual habita el Espíritu del Padre, y los miembros de Cristo no participan de la salvación, sino que están condenados a la perdición, ¿no dirá la más grande blasfemia? Y porque nuestros cuerpos no resucitan en virtud de su propia naturaleza, sino por la virtud de Dios, escribe a los Corintios: «El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Dios resucitó al Señor, y nos resucitará por su poder» (1 Cor 6,13-14).

1.10. La garantía de nuestra resurrección

7,1. Así como Cristo resucitó en su carne y mostró a los discípulos los agujeros de los clavos y la abertura del costado (Jn 20,20-27), lo cual es signo de la carne que resucitó de entre los muertos; de manera semejante, dice, nos resucitará por su poder (1 Cor

6,14). Y también dice a los Romanos: «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará vida también a vuestros cuerpos mortales» (Rom 8,11). [1140] ¿Cuáles son estos cuerpos mortales? ¿Acaso las almas? Pero las almas son incorpóreas, en comparación con nuestros cuerpos mortales: en el hombre Dios «sopló sobre su cara el soplo de vida, y el hombre se convirtió en alma viviente» (Gén 2,7). Este es el soplo de la vida no corpórea. Ni siquiera ellos pueden tachar de mortal al alma, que es el soplo de vida. Por eso David dice: «Y mi alma vivirá para Dios» (Sal 22[21],31), refiriéndose a la substancia inmortal que en él habitaba. Tampoco pueden ellos llamar al Espíritu un cuerpo mortal.

¿Qué queda, pues, por llamar cuerpo mortal, sino el plasma, o sea la carne, de la cual se afirma que Dios le dará la vida? Esta es la que muere y se deshace, no el alma ni el espíritu. Porque morir consiste en perder la respiración y la fuerza vital, y convertirse en un ser inmóvil e inanimado, para retornar a aquellos elementos de los cuales al inicio sacó su substancia. Esto no puede sucederle al alma, que es el soplo de vida; ni al Espíritu, que no es compuesto sino simple, y así no puede disolverse, sino que, por el contrario, es él la vida de aquellos que de él participan. Lo único que queda, pues, es que la muerte se refiera a la carne. Esta, una vez que el alma se aparta, queda inanimada y sin respiración, y poco a poco se disuelve en la tierra de la que fue sacada. Esta, pues, es la mortal. Y ésta es de la que está escrito: «Dará vida a vuestros cuerpos» (Rom 8,11). Y por eso dice sobre ella en la primera Carta a los Corintios: «Así sucede en la resurrección de los muertos: se siembra en la corrupción, resucita en incorrupción» (1 Cor 15,41). Y también dice: «Lo que tú siembras no recibe la vida, si antes no muere» (1 Cor 15,36).

1.11. Cómo resucitará la carne

7,2. ¿Qué es lo que como grano de trigo se siembra y se pudre en la tierra, sino los cuerpos que se ponen en tierra, en la cual se arroja la semilla? Y por eso afirma: «Se siembra en deshonor, resucita en gloria» (1 Cor 15,43). Pues ¿qué es más deshonoroso que la carne muerta? ¿Y qué más glorioso que la carne resucitada que recibe la incorrupción? «Se siembra en debilidad, resucita en poder»: en su debilidad, porque siendo de tierra a la tierra regresa; mas en el poder de Dios, que la resucita de los muertos: [1141] «Se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual» (1 Cor 15,44). Sin duda enseñó que este discurso no se refiere al alma o al Espíritu, sino a los cuerpos muertos. Estos son cuerpos animales, esto es, que participan del alma; pero cuando la pierden, mueren; luego, resucitados por el Espíritu, se tornan cuerpos espirituales, para tener la vida por el Espíritu que siempre permanece. Escribe: «Ahora conocemos en parte, y en parte profetizamos; mas entonces cara a cara» (1 Cor 13,9.12). Esto es lo que también Pedro dijo: «Al que amáis sin verlo; en el cual ahora creéis sin verlo; mas los que creéis os alegraréis con gozo indescriptible» (1 Pe 1,8). Pues nuestro rostro verá el rostro de Dios y se gozará con alegría infante; es decir, al ver su propio gozo (de Dios).

1.12. La obra del Espíritu Santo

8,1. Ahora recibimos alguna parte de su Espíritu, para perfeccionar y preparar la incorrupción, acostumbrándonos poco a poco a comprender y a portar a Dios. El Apóstol lo llamó prenda (es decir, parte de la gloria que Dios nos ha prometido), cuando

dijo en la Epístola a los Efesios: «En él también vosotros, escuchada la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, creyendo en él habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia» (Ef 1,13-14). Por ello esta prenda, al habitar en nosotros, ya nos hace espirituales, y la mortalidad es absorbida por la inmortalidad (2 Cor 5,4), pues dice: «Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9). Esto no nos sucede por la destrucción de la carne, sino por la comunión del Espíritu; pues aquellos a quienes escribía no vivían sin la carne, sino que habían recibido al Espíritu de Dios, [1142] «en el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!» (Rom 8,15). Si, pues, teniendo ahora esta prenda clamamos: «¡Abbá, Padre!», ¿qué sucederá cuando, resucitados, lo veremos cara a cara (1 Cor 13,12); cuando todos sus miembros a una sola voz elevarán el himno de alegría, para glorificar al que los ha resucitado de los muertos para darles la vida eterna? Pues si la prenda, apoderándose del hombre mismo, ya le hace clamar: «¡Abbá, Padre!», ¿qué hará la gracia universal del Espíritu, que Dios otorgará a los hombres? Nos hará semejantes a él, y nos hará perfectos por la voluntad del Padre; pues éste ha hecho al hombre según la imagen y semejanza de Dios.

1.13. El Espíritu y la carne

8,2. Por ello, a quienes tienen la prenda del Espíritu y no sirven a las concupiscencias de la carne, sino que se someten a sí mismos al Espíritu, y se comportan según la razón en todas las cosas, justamente el Apóstol los llama espirituales; porque el Espíritu de Dios habita en ellos. En efecto, los espíritus incorpóreos no pueden ser hombres espirituales; sino que es nuestra substancia, esto es, la unión de alma y carne, la que asume al Espíritu de Dios, y hace al hombre espiritual y perfecto.

Algunos, sin embargo, rechazan el consejo del Espíritu, sirven a las inclinaciones de la carne y viven irracionalmente, y se lanzan sin freno tras sus deseos, sin tener ninguna inspiración del Espíritu divino; sino que viven al modo de los cerdos y perros: a éstos el Apóstol justamente llama carnales (1 Cor 3,3), porque no sienten otra cosa sino las carnales. Y por esta misma razón el profeta los asemeja a los animales irracionales, por la conducta irracional de los mismos, diciendo: «Se han hecho caballos que buscan furiosamente las hembras, cada uno apasionados por la mujer de su prójimo» (Jer 5,8). Y en otro lugar: «El hombre, habiendo sido honrado, se hizo semejante [1143] a las bestias» (Sal 49[48],21). Esto lo dice porque, emulando a las bestias en su modo de vivir, se les asemejan por su culpa. También nosotros tenemos la costumbre de llamar a estos hombres, animales irracionales y jumentos.

8,3. La Ley predijo en figura todas estas cosas, pues describió a los hombres a partir de los animales, cuando llamó animales puros a los que rumian y tienen la pezuña partida; en cambio apartó como impuros a los que no tienen uno o ambos de estos caracteres (Lev 11,2-3). ¿Quiénes son, pues, los puros? Los que con firmeza caminan en la fe hacia el Padre y el Hijo: esta es la seguridad de aquellos que tienen la pezuña doble. Y los que meditan las palabras de Dios día y noche (Sal 1,2), para adornarse con las buenas obras, son aquellos que rumian la virtud. En cambio los inmundos, aquellos que ni tienen la pezuña doble ni rumian, o sea quienes carecen de fe y no meditan las palabras divinas, son la abominación de los paganos.

Los que rumian pero no tienen la pezuña partida, también son inmundos: podemos imaginar ésta como la descripción de los judíos, los cuales tienen las palabras de Dios

en su boca, pero no hundan sus raíces en el Padre y el Hijo para que estén firmes: por este motivo su raza se desliza. Porque los animales de una sola pezuña fácilmente resbalan; en cambio los que tienen la pezuña doble son más firmes, pues mientras una uña sigue el camino, la otra la apoya. Igualmente son inmundos los que, teniendo pezuña doble, no rumian. Esta figura señala a todos los herejes y a aquellos que no meditan en las palabras de Dios ni se adornan con las obras de la justicia, de los cuales el Señor dice: «¿Por qué me decís: *Señor, Señor*, si no hacéis mi voluntad?» (Lc 6,46). Estos últimos dicen creer en el Padre y el Hijo, pero no meditan las palabras de Dios, como es necesario, ni están adornados con las obras de la justicia; sino que, como antes dijimos, han asumido la vida de los cerdos y perros, entregándose a las inmundicias, a la gula y a los demás vicios.

El Apóstol justamente llamó carnales y animales (1 Cor 2,14) a toda esta clase de personas que por su incredulidad o lujuria [1144] no acogen al Espíritu, y por diversos caminos echan de sí al Verbo de la vida, y caminan en sus concupiscencias irracionales. Los profetas los llamaron asnos y fieras, según su modo de hablar de los brutos y animales racionales. La Ley, por su parte, los llamó inmundos.

1.14. La carne de por sí no hereda el Reino

9,1. El apóstol también dice en otro lugar: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Los herejes entienden estas palabras de acuerdo a su demencia, y con ellas quieren objetarnos y demostrar que la creatura de Dios no puede salvarse. No ven que son tres los elementos de los cuales, como hemos dicho, consta el hombre: carne, alma y Espíritu (370). El tercero es el que da la forma y nos salva, esto es, el Espíritu; otro es el elemento que recibe la unión y la forma, es decir la carne; y el tercero (el alma) media entre los dos, y es el que, cuando consiente a la carne, cae en las pasiones terrenas. Si algunos seres humanos carecen de aquello que da la salvación, unidad y forma, con razón se les llama «carne y sangre»; porque no tienen en sí el Espíritu de Dios. Por eso también el Señor los llama «muertos»: «Dejad que los muertos sepulten a sus muertos» (Lc 9,60), porque no tienen el Espíritu que da vida al hombre.

9,2. Quienes temen a Dios y creen en la venida de su Hijo, y por la fe mantienen en sus corazones al Espíritu de Dios, se llaman con razón hombres puros y espirituales que viven en Dios: pues tienen el Espíritu del Padre que limpia al hombre y lo eleva a la vida de Dios. Porque, así como «la carne es débil», así «el espíritu dispuesto» recibe el testimonio de Dios (Mt 26,41). Poderoso es para llevar a cabo cualquier cosa que haya decidido. Si alguno, pues, mezcla esto del Espíritu que está dispuesto como un estímulo, con la debilidad de la carne, por fuerza y absolutamente lo fuerte superará lo débil, [1145] de manera que la fortaleza del Espíritu absorberá la debilidad de la carne; y así, el que era carnal, ya no seguirá siéndolo, sino que se convertirá en espiritual, por la comunicación del Espíritu. De este modo los mártires dieron testimonio y despreciaron la muerte, no según la debilidad de la carne, sino según lo que estaba dispuesto de su espíritu. Pues absorbida la debilidad de la carne, manifestó la potencia del Espíritu: y el Espíritu, al absorber la debilidad, posee la carne como su herencia. Pues el hombre viviente está hecho de ambas cosas: es hombre por participar de la substancia de la carne, y viviente por participar del Espíritu.

9,3. Por tanto, la carne sin el Espíritu está muerta, y no teniendo vida, no puede poseer el Reino de Dios: la sangre es irracional, como agua vertida en la tierra. Por eso dice:

«Como el Adán terreno, así son los terrenales» (1 Cor 15,48). Y donde está el Espíritu del Padre, ahí se encuentra el hombre viviente, y Dios protege con la venganza la sangre justa (derramada); y la carne poseída por el Espíritu, olvidada de sí, asume la cualidad del Espíritu, haciéndose conforme al Verbo de Dios. Por eso dice: «Así como llevábamos la imagen del que es de la tierra, llevemos la imagen de aquel que es del cielo» (1 Cor 15,49). ¿Qué es lo terreno? La criatura. ¿Qué es lo celeste? El Espíritu. Por eso dice: una vez vivimos sin el Espíritu celestial en la vejez de la carne, no obedeciendo a Dios; así ahora, recibiendo al Espíritu, caminemos en la novedad de la vida, obedeciendo a Dios. Y porque sin el Espíritu de Dios no podemos ser salvos, el Apóstol nos exhorta a conservar el Espíritu de Dios mediante la fe y la vida casta, no vaya a ser que, si no participamos del Espíritu Santo, perdamos el reino de los cielos; por eso proclamó que la sola carne y [1146] sangre no pueden poseer el Reino de Dios.

1.15. La obra del Espíritu en la carne

9,4. Si, pues, hemos de decir verdad, la carne no posee, sino que es poseída; como dice el Señor: «Dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra en herencia» (Mt 5,4): en el Reino se posee en herencia la tierra, a la que pertenece también la carne. Por eso quiere que nuestra carne sea templo puro, para que el Espíritu de Dios se deleite en él, como el esposo en la esposa. Pues así como la esposa no puede desposar al esposo, pero sí puede ser desposada por el esposo cuando éste viniere a acogerla, de modo semejante esta carne por sí misma, o sea ella sola, no puede poseer en herencia el Reino de Dios. Pues el que vive recibe en herencia las cosas que eran del que ha muerto; y una cosa es el que posee en herencia, y otra la que es poseída en herencia: el primero domina y dispone y gobierna lo que posee en herencia, a la manera como quiere; en cambio, las cosas poseídas están sujetas, obedecen y están subordinadas a aquél, y existen bajo el dominio del que las posee.

¿Y qué es lo que vive? [1147] El Espíritu de Dios. ¿Y cuáles son las cosas que pertenecen al que ha muerto? Los miembros del hombre, que se corrompen en la tierra. Estos son los que son poseídos por el Espíritu, el cual los traslada al Reino de los cielos. Por esto también Cristo murió, como un testamento del Evangelio, abierto y leído por todo el mundo, para ante todo liberar a sus siervos; y para en seguida hacerlos herederos de todo lo que es suyo, siendo el Espíritu el que todo lo posee, como antes demostramos. Pues el que vive es quien posee la herencia, y la carne es lo que él adquiere en herencia. Y para que no perdamos la vida perdiendo al Espíritu que nos posee, el Apóstol nos exhorta a participar del Espíritu, por medio de la doctrina que arriba hemos expuesto, diciendo: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Como si dijese: No erréis; pues a menos que el Verbo de Dios habite en vosotros, y en vosotros esté el Espíritu del Padre, os comportaréis en vano y a la ventura, viviendo sólo según la carne y la sangre, y así no podréis poseer el Reino de Dios.

10,1. Y para que nosotros, dando gusto a la carne, no vayamos a rechazar injertarnos en el Espíritu ([371](#)), esto escribe: «Tú, que eres un olivo silvestre, has sido injertado en un olivo fértil para hacerte participar de sus abundantes frutos» (Rom 11,17.24). Pero si un olivo agreste, después de ser injertado, siguiese siendo agreste, «será cortado y echado al fuego» (Mt 7,19); en cambio si continúa injertado y se convierte en un buen olivo, se transforma en un árbol lleno de frutos, como los plantados en el huerto de un rey. De modo semejante los hombres, si por la fe se vuelven mejores y acogen el Espíritu de

Dios, germinan como espirituales, como si hubiesen sido plantados en el paraíso (Ez 31,8). En cambio, si rechazan al Espíritu [1148] y perseveran en lo que eran antes, buscando más la carne que el Espíritu, entonces justamente se les aplica aquello: «La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios» (1 Cor 15,50); como quien dice, el olivo silvestre no será llevado al paraíso de Dios. Así pues, admirablemente expone el Apóstol nuestra naturaleza y la Economía universal de Dios, en su discurso acerca de la carne, la sangre y el olivo silvestre.

Cuando un olivo silvestre está descuidado, abandonado durante algún tiempo en tierra desierta, de modo que produce frutos agrestes según su naturaleza, una vez que se tiene cuidado de él y se le injerta en su naturaleza primitiva, vuelve a dar fruto. Así también los seres humanos que se han descuidado y han servido a las pasiones de la carne, dan frutos agrestes y por ello se les tiene por infructuosos, pues no producen frutos de justicia -porque, mientras los hombres duermen, el enemigo siembra cizaña (Mt 13,25), y por eso el Señor mandó a sus discípulos que vigilaran (Mt 24,42; 25,13)-. De igual modo, quienes no producen frutos de justicia, sino que viven prisioneros de sus sentidos, si despiertan y reciben al Verbo de Dios como un injerto, retornan a su naturaleza primera, como fueron hechos a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26).

10,2. Así como el olivo silvestre, cuando se le injerta, no pierde la substancia de su madera, sino que cambia la calidad de sus frutos y recibe otro nombre, pues ya no es olivo silvestre sino que se convierte y es olivo fértil; de modo semejante, el hombre que, injertado por la fe, recibe el Espíritu de Dios, no pierde la substancia de la carne; sin embargo, cambia la calidad del fruto de sus obras, y recibe otro nombre, para significar ese cambio en algo mejor: ya no es carne y sangre, sino que se le llama y es un hombre espiritual. Pero, así como el olivo silvestre, si no se le injerta, sigue siendo inútil para su Señor por su calidad salvaje, y «se le corta y echa en el fuego» (Mt 7,19) como a un árbol estéril; de igual modo, el hombre al que el Espíritu no se le injerta por la fe, sigue siendo lo que antes era, esto es, carne y sangre, que no puede poseer el Reino en herencia.

[1149] Bien dice el Apóstol: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50), y: «Quienes viven en la carne no pueden agrandar a Dios» (Rom 8,8). No rechaza la naturaleza de la carne, sino que espera la infusión del Espíritu. Por eso dice: «Es necesario que lo mortal se revista de inmortalidad, y lo corruptible de incorrupción» (1 Cor 15,53). Y añade: «Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9). Y más claramente aún lo expresa: «El cuerpo ciertamente está muerto por el pecado, mas el Espíritu es vida por causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8,10-11). Y añade en la Carta a los Romanos: «Pero si vivís en la carne, de cierto moriréis» (Rom 8,13). No que debieran rechazar el permanecer en la carne, puesto que él mismo estaba en la carne cuando esto escribía; sino dejar de lado las pasiones de la carne que llevan al ser humano a la muerte. Por eso agrega: «Mas si mortificáis por el Espíritu las obras de la carne, tendréis vida; pues quienes son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios» (Rom 8,13-14).

1.16. La justicia, condición para poseer el Reino

11,1. En seguida explica cuáles son las obras que llama carnales, como previniendo el ataque de los infieles. Las expone él mismo, para no dejar la cuestión a quienes hablan despropósitos. Escribe en la Carta a los Gálatas: «Son claras las obras de la carne: los adulterios, la fornicación, la impureza, la lujuria, la idolatría, la magia, la enemistad, las riñas, los celos, la ira, la discordia, los odios, [1150] las disensiones, las herejías, las envidias, las borracheras, las orgías y cosas semejantes. Os repito lo que antes dije: quienes así obran, no poseerán el reino de Dios» (Gál 5,19-21). De este modo especifica mejor a sus oyentes lo que significa: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50); pues quienes hacen estas cosas, se conducen según la carne, y no pueden vivir según Dios (Rom 6,10).

Así también ahonda en las obras espirituales que dan vida al hombre, o sea la inserción del Espíritu, cuando dice: «Mas los frutos del Espíritu son el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad, la benignidad, la fe, la mansedumbre, la templanza, la castidad: contra quienes así actúan no hay ley» (Gal 5,22-23). Así como quien va progresando y realiza el fruto del Espíritu, se salva sin duda alguna por la comunión con el Espíritu, así también quien se detenga en las obras de la carne, se le tendrá por carnal porque no ha recibido el Espíritu de Dios, y por ello no puede poseer el Reino de los cielos.

El mismo Apóstol ofrece a los corintios este testimonio: «¿Acaso ignoráis que quienes obran la injusticia no heredarán el reino de Dios? No os engaños. Ni fornicadores, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni quienes se acuestan con otros hombres, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni calumniadores, ni violentos heredarán el reino de Dios. Esto fuisteis, pero ahora estáis lavados y santificados, estáis justificados en el nombre de Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6,9-11). De modo muy claro expresa por cuáles obras el ser humano perece, si persevera en vivir según la carne; y, en consecuencia, de qué manera se salva. Pues afirma que nos salvan el nombre de nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu de nuestro Dios.

11,2. Hasta aquí ha enumerado las obras de la carne, hechas sin el Espíritu. Estas llevan a la muerte. En consecuencia de cuanto acaba de decir, [1151] hacia el final de la carta exclamó como tratando de resumir: «Así como hemos llevado la imagen de aquel que nació de la tierra, así también llevemos la imagen de aquel que viene del cielo. Pues os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,49-50). La frase: «Así como hemos llevado la imagen de aquel que nació de la tierra», se relaciona con aquello que dijo: «Esto fuisteis. Pero estáis lavados y santificados, estáis justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios». ¿Y cuándo hemos llevado la imagen del que nació de la tierra? Cuando realizábamos las obras de la carne arriba descritas. ¿Y cuándo llevamos la imagen del que viene del cielo? Cuando, como él dice, «estáis lavados» y creéis «en su nombre», para recibir su Espíritu. No hemos lavado la substancia de nuestro cuerpo ni la imagen de nuestra creación, sino nuestro antiguo modo de actuar. Y así, en los mismos miembros por los que antes perecíamos, cuando realizábamos las obras corruptibles, en esos mismos miembros empezamos a vivir cuando realizamos las obras del Espíritu.

1.17. El Espíritu Santo da la vida

12,1. Como la carne es capaz de corrupción, así también lo es de incorrupción; y como es capaz de morir, así lo es de vivir. Una y otra cosa se excluyen mutuamente, y no pueden ambas permanecer en el mismo sujeto; sino que una excluye a la otra, y si una está presente, la otra se destruye. Así pues, si la muerte se apodera del hombre y acaba con su vida, éste queda muerto. Mucho más si la vida se apodera del hombre, destruye la muerte y restituye al hombre vivo a Dios (Rom 6,11). Pues, si la muerte acaba con él, ¿por qué la vida que se le concede no vivificará al hombre? Así dice el profeta Isaías: [1152] «El poderoso devorará la muerte». Y añade: «Dios secará las lágrimas de todo rostro» (Is 25,8). Se debe advertir que la primera vida fue superada, porque no se la dio al hombre el Espíritu, sino sólo un soplo.

12,2. Uno es el soplo de la vida que hace al hombre un ser animado, y otro distinto es el Espíritu vivificante que lo perfecciona como espiritual. Por eso dice Isaías: «Así habla el Señor, que hizo el cielo y lo fijó, que dio firmeza a la tierra y a cuanto hay en ella; y dio su aliento a todo cuanto en ella vive, y el espíritu a quienes caminan en ella» (Is 42,5). Afirma que se le dio en general el aliento a todo el pueblo que habita sobre la tierra; mas su Espíritu a quienes pisotean las concupiscencias terrenas. Por eso Isaías, distinguiendo en otra ocasión lo que antes había dicho, escribe: «El Espíritu saldrá de mí, pues yo he creado todo aliento» (Is 57,16). Propiamente coloca en el orden de Dios al Espíritu que en los últimos tiempos derramó sobre el género humano (Hech 2,17) para la filiación adoptiva; en cambio expresa que concedió su aliento comúnmente a todas las cosas hechas y creadas.

[1153] Pues una cosa es el Creador, otra la creatura. El aliento es algo temporal; en cambio el Espíritu es sempiterno. Y el aliento puede aumentar un poco, y permanece por algún tiempo, luego se retira y deja sin respiración a aquel en el que antes estuvo. Por el contrario, el Espíritu circunda al hombre por fuera y lo llena por dentro, siempre en él persevera y nunca lo abandona. «Mas no aparece primero lo espiritual», dice el Apóstol (y lo afirma como refiriéndose a nosotros los hombres), «sino primero lo animal, luego lo espiritual» (1 Cor 15,46), como es razón. Pues era necesario que primero fuese plasmado el hombre, y una vez plasmado recibiese el alma; y luego recibiese la comunión del Espíritu. Por ello el Señor hizo «al primer Adán alma viviente, al segundo Espíritu vivificante» (1 Cor 15,45). Así, pues, como el que ha recibido la vida por el alma, al volverse hacia lo más bajo pierde la vida; así también el que se vuelve hacia lo más alto, al recibir al Espíritu vivificante encuentra la vida.

1.18. Resucita la misma carne que muere

12,3. No muere una cosa, y otra recibe la vida; así como no es una la oveja perdida y otra la encontrada, sino que la perdida es la misma que el Señor busca y encuentra. ¿Y qué es lo que muere? La substancia de la carne, que había perdido el soplo de vida, y al no tenerlo ya, muere. [1154] Esta es la que el Señor viene a vivificar, para que, así como en Adán todos morimos como seres animados, así vivamos en Cristo como seres espirituales (1 Cor 15,22); no renunciando a lo que Dios ha creado, sino a la concupiscencia de la carne, y acogiendo el Espíritu Santo.

Como dice el Apóstol en la Carta a los Colosenses: «Mortificad vuestros miembros en la tierra» (Col 3,5). Y explica a cuáles miembros se refiere: «La fornicación, la

impureza, la pasión, la concupiscencia pecaminosa y la avaricia, que es una idolatría» (Col 3,5). El Apóstol predica que debe rechazarse todo esto, y que quienes hacen tales cosas, puesto que viven en la carne y en la sangre, no pueden poseer el reino de los cielos (Gál 5,21); porque el alma de éstos se inclina hacia lo peor y se abaja a las concupiscencias terrenas, recibe el mismo calificativo que aquéllos. Y nos manda librarnos de todo ello, diciendo en la misma epístola: «Despojaos del hombre viejo con todas sus obras» (Col 3,9). No quiso decir con esto que hemos de prescindir de nuestro ser plasmado; porque no significa que debemos matarnos para apartarnos de aquello a lo que nos referimos en este discurso.

12,4. El mismo Apóstol, el que había sido plasmado en el seno de su madre y salió del vientre (Gál 1,15), nos escribía: «Vivir en la carne es fruto del trabajo» (Fil 1,22), confesó en su Epístola a los Filipenses. Pero «fruto de la obra del Espíritu» es la salvación de la carne. ¿Pues qué otro fruto manifiesto del Espíritu invisible puede haber, sino hacer la carne madura y capaz de la incorrupción? Por ello, «si vivir en la carne es fruto del trabajo», no condenó la carne al decir: «Despojándoos del hombre viejo»; sino quiso indicar que debemos despojarnos de nuestro viejo modo de vivir, que nos envejece y corrompe. Por eso añadió: [1155] «Revistiendo el hombre nuevo, que rejuvenece en el conocimiento, según la imagen del que lo creó» (Col 3,10). Con las palabras: «Que rejuvenece en el conocimiento», demuestra que el mismo que vivía como un hombre en la ignorancia, o sea, sin reconocer a Dios, se renueva mediante ese conocimiento que en él habita. Pues el conocimiento de Dios renueva al hombre. Y al decir: «Según la imagen del Creador», indicó la recapitulación de este mismo hombre, que al inicio fue hecho según la imagen de Dios.

1.19. Los milagros de Jesús, signo de la resurrección

12,5. Que el Apóstol era el mismo que había nacido en el vientre, es decir, de la antigua substancia de la carne, él mismo lo confiesa en su Carta a los Gálatas: «Mas cuando le plugo a aquel que me eligió desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia a a fin de revelar en mí a su Hijo, para que llevara su Evangelio a las naciones» (Gál 1,15-16). No era un hombre el que había nacido en el vientre, y otro el que predicaba al Hijo de Dios; sino que era el mismo, aquel que antes lo ignoraba y perseguía a la Iglesia de Dios (Gál 1,13), y aquel que recibió la revelación y escuchó la voz del Señor (como ya explicamos en el libro tercero [\(372\)](#)); y habiendo superado la ignorancia por el posterior conocimiento, predicaba a Jesucristo, Hijo de Dios, que fue crucificado bajo Poncio Pilato.

Sucedió algo semejante a los ciegos a quienes el Señor curó: perdieron la ceguera y adquirieron la completa restitución de sus ojos, y podían ver con los mismos ojos con los que antes no veían, una vez que desaparecieron de su visión las tinieblas. Ellos, una vez recuperados para ver los ojos con que antes no veían, dieron gracias a aquel que de nuevo les había dado la vista. Así también aquel a quien sanó de la mano seca y todos aquellos a quienes curó: no cambiaron los miembros con que habían salido del vientre de su madre, sino que recibieron la curación de los mismos miembros.

12,6. El Verbo divino, Hacedor de todas las cosas, que al principio plasmó al ser humano, encontró a su creatura caída por el pecado; mas de tal manera lo curó en cada uno de sus miembros para volverlo tal como él lo había plasmado, y reintegró al hombre completo [1156] a su estado original, que lo dejó enteramente preparado para resucitar.

¿Y qué otro motivo podría haber tenido al curar los miembros de la carne y restituirles su estado original, sino para salvar aquellos mismos miembros que había curado? Pues si la utilidad que ellos sacaban hubiese sido sólo temporal, nada de extraordinario habría concedido a aquellos que él había curado. ¿O cómo pueden afirmar que no es digna de la vida que procede de él, siendo la misma carne que de él recibió la curación? Pues la vida se restituye por la curación, y la incorrupción por la vida. Y es el mismo quien da la curación y la vida; y el mismo que da la vida reviste de incorrupción a su creatura.

13,1. Así pues, que nos digan quienes nos contradicen, o mejor dicho que contradicen su propia salvación, ¿con qué cuerpo resucitaron la hija del sumo sacerdote (Mt 9,18: Mc 5,22), y el hijo de la viuda al que cargaban muerto junto a la puerta de la ciudad (Lc 7,12) y Lázaro, que ya llevaba cuatro días en el sepulcro? (Jn 11,39) Sin duda con los mismos con los cuales habían muerto; pues si no hubiesen sido los mismos cuerpos, tampoco habrían sido las mismas personas fallecidas aquellas que resucitaron. Mas el Evangelio dice que «el Señor tomó la mano del muerto y le dijo: *Joven, a ti te digo, levántate*. Y el muerto se sentó, y él ordenó que se le diese de comer (373), y lo entregó a su madre» (Lc 7,14-15). Y «llamó a Lázaro con una fuerte voz, diciendo: *¡Lázaro, sal fuera!* Y el muerto salió, atado de las manos y los pies» (Jn 11,43-44). Este es un símbolo del hombre ligado por el pecado. Por eso el Señor le dice: «Desatadlo y dejadlo andar» (Jn 11,44).

Así pues, aquellos enfermos fueron curados en los mismos miembros dolientes y los muertos resucitados con sus mismos cuerpos, recibiendo del Señor la vida y la curación en sus mismos cuerpos y miembros, lo cual es un signo temporal que prelude lo eterno y muestra que es el mismo aquel que da la curación a su creatura y que puede dar de nuevo la vida. De este modo se puede creer su doctrina acerca de la resurrección, pues de semejante manera al fin de los tiempos, «cuando resuene la trompeta» (1 Cor 15,52), los muertos resucitarán a la voz del Señor, como él mismo dijo: «Llegará la hora en la cual todos los muertos que están en los sepulcros [1157] escucharán la voz del Hijo del Hombre, y saldrán los que obraron el bien para la resurrección de la vida, y los que obraron el mal para la resurrección del juicio» (Jn 5,25.28-29).

13,2. Locos y verdaderamente infelices quienes se niegan a ver lo que es tan evidente, y huyen de la luz de la verdad, cegándose a sí mismos como lo hizo el trágico Edipo. Se parecen a aquel luchador novel que, al pelear con otro, se agarra con todas sus fuerzas de algún miembro del cuerpo, y cae con él así cogido, pensando al caer que lo ha vencido porque sigue aferrado con rabia a ese miembro; pero no se da cuenta de que por eso el otro le ha caído encima, y el público se ríe del tonto. Así sucede con los herejes cuando oyen: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Ni han captado el sentido del Apóstol, ni han investigado la fuerza de las palabras; sino que, al interpretarlas de modo simple, por esas mismas palabras perecen, porque tergiversan para sí mismos todo el plan salvífico de Dios.

1.20. La incorrupción de la carne

[1158] 13,3. El Apóstol se contradiría si lo anterior afirmase de la carne misma, y no de las obras carnales, como antes expusimos. Porque en la misma carta añade: «Es necesario que lo corruptible se revista de incorrupción y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Y cuando esto mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá aquella palabra: *La muerte quedó absorbida por la victoria*. ¿Dónde está, muerte, tu

victoria?» (1 Cor 15,53-55). Estas palabras se dirán con justicia cuando esta carne mortal y corruptible, de la cual se afirma la muerte porque ha sido absorbida por el dominio de la muerte, subirá a la vida para revestirse de incorrupción e inmortalidad. Sólo entonces será de verdad vencida la muerte, cuando la carne que ella tenía prisionera se escape de su dominio. Y también escribe a los Filipenses: «Nuestra morada está en los cielos, de donde esperamos al Salvador, el Señor Jesús, el cual cambiará el cuerpo de nuestra humildad según el cuerpo de su gloria, por la acción de su poder» (Fil 3,20-21).

¿Y cuál es el cuerpo de humildad que el Señor transformará al cambiarlo según el modelo de su cuerpo glorioso? Es evidente que este cuerpo es la carne que humillada cae en la tierra. Y su transfiguración, puesto que siendo mortal y corruptible se tornará inmortal e incorruptible, no se deberá a su propia naturaleza, sino a la obra del Señor: éste es quien puede revestir lo mortal de inmortalidad, y lo corruptible de incorrupción. Por eso escribe [1159] en la segunda Carta a los Corintios: «A fin de que lo mortal sea absorbido por la vida. Quien nos dispone para ello es Dios, que nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Cor 5,4-5). Claramente lo afirma en referencia a la carne, porque ni el alma ni el Espíritu son mortales. Lo mortal será absorbido por la vida cuando la carne ya no esté muerta, sino viva e incorrupta, para cantar la alabanza a Dios, que habrá realizado esta obra en nosotros. Y para que esto suceda, escribe a los Corintios: «Glorificad a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor 6,20). Dios es quien nos la incorrupción.

13,4. Pues no dice lo anterior de ningún otro cuerpo, sino del cuerpo de carne, de modo manifiesto y sin duda alguna, como sin ambigüedad escribe a los Corintios: «Llevamos siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, somos entregados a la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4,10-11). Y como el Espíritu abraza la carne, por eso dice en la misma Epístola: «Pues sois una carta de Cristo, dictada por nuestro servicio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, y no en tablas de piedra, sino en las tablas de vuestro corazón de carne» (2 Cor 3,3).

Si ahora los corazones se hacen capaces del Espíritu, ¿por qué admirarse de que en la resurrección reciban la vida que da el Espíritu? De esta resurrección, el Apóstol dice en la Epístola a los Filipenses: «Hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Fil 3,10-11). Mas ¿en qué otra carne mortal puede entenderse que se manifiesta la vida, sino en esta substancia que muere en la confesión (de fe) que tiene a Dios como término? [1160] Como él mismo dice: «Si por motivos humanos luché en Efeso con las bestias, ¿de qué me aprovecha, si los cuerpos no resucitan? Pues si los muertos no resucitan, Cristo tampoco resucitó; y si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación y vana vuestra fe. Y somos falsos testigos de Dios, pues damos testimonio de que resucitó a Cristo, al que no resucitó. Mas si los muertos no resucitan, es vana vuestra fe, y aún estáis en vuestros pecados. Luego también perecieron los que durmieron en Cristo. Si esperamos en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de los hombres. Mas ahora, Cristo se despertó de entre los muertos, como primicia de los que duermen; porque por un hombre entró la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos» (1 Cor 15,32 y 13-21).

13,5. Una vez que hemos expuesto lo anterior, o suponen que el Apóstol se contradice a sí mismo en cuanto a las palabras: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de

Dios» (1 Cor 15,50), o bien con malicia tienen que buscar retorcidas exégesis para tergiversar y cambiar su explicación de las palabras. ¿Qué parte sana quedará a su interpretación, si se esfuerzan por retorcer lo que él escribe: «Es necesario que lo corruptible se revista de incorrupción y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad» (1 Cor 15,53), y: «Para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4,11), y todos los demás pasajes en los cuales el Apóstol de modo claro y evidente predica la resurrección y la incorrupción de la carne? Así pues, quienes rechazan entender bien las cosas, se ven forzados a mal interpretarlas.

1.21. Cristo resucitado recapitula nuestra carne

14,1. Que Pablo no habló de la substancia de la carne y de la sangre al decir que no heredarían el reino de los cielos (1 Cor 15,50), lo sabemos del hecho que por todas partes el mismo Apóstol [1161] atribuye la palabra carne y sangre a nuestro Señor Jesucristo, a veces para establecer su humanidad (374), y entonces también lo llama Hijo del Hombre; otras veces para confirmar la salvación de nuestra carne; porque si la carne no debiera ser salvada, el Verbo de Dios no se habría hecho carne (Jn 1,14), y si no debiera pedirse cuenta de la sangre de los justos, el Señor no habría tenido sangre.

Pero como desde el principio la sangre de los justos clamó, Dios dijo a Caín, homicida de su hermano: «La voz de la sangre de tu hermano clama a mí» (Gén 4,10). Y como convenía que pidiese cuenta de la sangre de ellos, dijo a los acompañantes de Noé: «Pediré cuentas de vuestra sangre de vuestras vidas, de la mano de todas las fieras» (Gén 9, 5). Y también: «Será derramada la sangre de quien derramare la sangre de un hombre» (Gén 9,6). Y también el Señor, a los que habrían de derramar su sangre: «Se pedirá cuenta de toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar; en verdad os digo, todas estas cosas vendrán sobre esta generación» (Mt 23,35-36; Lc 11,50-51), con lo cual quería decir que él recapitularía en la suya propia el derramamiento de la sangre de todos los justos y profetas desde el principio, y que él mismo pediría cuenta de la sangre de ellos. Pero no pediría cuentas de esto si no debiese también salvarlo y si el Señor, para recapitular todas las cosas, no se hubiese hecho él mismo carne y sangre según la antigua creación, para salvar en sí, en el fin, lo que al principio se había perdido en Adán.

14,2. Mas si el Señor se hubiese hecho carne en otra Economía, y hubiese asumido la carne de otra substancia, no habría recapitulado [1162] en sí mismo al hombre, ni se podría decir que se hizo carne; porque es verdaderamente carne la transmisión de la primera plasmación hecha del barro. Pero si debiese tener la substancia de otra hypóstasis, (375) el Padre desde el inicio habría realizado su masa de otra substancia. Pero ahora, lo que era aquel hombre que pereció, esto mismo se hizo el Verbo Salvador, para realizar por sí mismo nuestra comunión con él, y la obtención de nuestra salud. Lo que pereció tenía carne y sangre; Dios había tomado el barro de la tierra para plasmar al hombre (Gén 2,7), y a través de esto tuvo lugar toda la Economía de la venida del Señor. También tuvo él carne y sangre, para recapitular no otras distintas de las de aquel antiguo plasma del Padre, buscando lo perdido (Lc 19,10). Por eso dice el Apóstol a los Colosenses: «Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora por la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables ante él» (Col 1,21-22).

Habéis sido reconciliados en el cuerpo de su carne, dice, porque una carne justa reconcilió la carne retenida en el pecado, y la condujo a la amistad de Dios.

14,3. Si, según esto, alguno dice que la carne del Señor es distinta de nuestra carne en cuanto aquella no pecó «ni se encontró dolo en su boca» (1 Pe 2,22), y en cambio nosotros somos pecadores, dice bien. Pero si imaginase una distinta substancia de la carne del Señor, entonces en ella no tendría base el discurso de la reconciliación. Porque se reconcilia aquello que alguna vez estuvo enemistado. Pero si el Señor hubiese tomado carne de otra substancia, ya no se reconciliaría con Dios [1163] aquello que por la transgresión se había hecho enemigo. Pero ahora el Señor por su comunión con nosotros ha reconciliado al hombre con el Padre, reconciliándonos con él mediante el cuerpo de su carne (Col 1,22), y liberándonos con su sangre, como dice el Apóstol a los Efesios: «En el cual tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados» (Ef 1,7). Y a los mismos dice: «Vosotros, los que antes estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo» (Ef 2,13). Y también: «Anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos» (Ef 2,15). Y en todas las demás epístolas el Apóstol testimonia claramente que por la carne del Señor y por su sangre hemos sido salvados.

14,4. Si pues la carne y la sangre son las que nos proporcionan la vida, no se puede en justicia decir sobre la carne y la sangre que no pueden heredar el Reino de Dios (1 Cor 15,50), sino que se habla de los actos carnales a los que nos hemos referido, que causando el pecado trastornan al hombre y lo privan de la vida. Y por eso dice a los Romanos: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal ni obedezcáis a sus apetitos, ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino ofreceos a vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas para la justicia» (Rom 6,12-13). Con los mismos miembros con los cuales hemos servido al pecado (Rom 6,6) y hemos dado frutos de muerte (Rom 7,5), con los mismos miembros quiere que sirvamos a la justicia (Rom 6,19), a fin de dar frutos para la vida. Acuérdate pues, carísimo, de que has sido liberado en la carne del Señor y rescatado con su sangre, y de que «teniendo como cabeza a aquel del cual todo el cuerpo» de la Iglesia «crece unido» (Col 2,19) o sea el advenimiento carnal del Hijo de Dios, y manteniéndote firme en la confesión de él como Dios y hombre, y usando las demostraciones de las Escrituras, fácilmente refutarás, como hemos demostrado, todas las invenciones que más tarde han fabricado los herejes.

2. La vida de Cristo muestra un solo Dios y Padre

2.1. Curación del ciego de nacimiento

2.1.1. Signo de la resurrección

15,1. Porque aquel que al principio creó al hombre le prometió una segunda generación después de su disolución en la tierra, dice Isaías: «Resucitarán los muertos, y se levantarán los que estén en las tumbas, y se alegrarán los que reposan en la tierra; pues el rocío [1164] que de ti proviene será su salvación» (Is 26,19). Y también: «Yo os llamaré, y en Jerusalén seréis convocados, y veréis, y se alegrará vuestro corazón; vuestros huesos crecerán como la hierba, y quienes honran al Señor conocerán su mano» (Is 66,13-14). Ezequiel, por su parte: «Vino sobre mí la mano del Señor y me llevó en Espíritu, y me puso en medio de un llano lleno de huesos. Y me hizo dar

vueltas en torno, y sobre la superficie del llano había muchos huesos secos. Y me dijo: *Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?* Y le dije: *Señor, tú lo sabes, porque tú has hecho esto.* Y me dijo: *Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la voz del Señor.* Esto dice el Señor a estos huesos: *He aquí que yo envío sobre vosotros el Espíritu de la vida y os daré nervios y os cubriré de carne y extenderé piel sobre vosotros, y os daré mi Espíritu para que viváis, y así conoceréis que soy el Señor.* Y yo profeticé como el Señor me mandó. Y sucedió que, mientras profetizaba, sobrevino un temblor de tierra, y los huesos se juntaron unos con otros. Y vi que sobre ellos brotaban nervios y carne, y sobre ellos se extendía la piel. Pero no había Espíritu en ellos. Y me dijo: *Profetiza al Espíritu, hijo de hombre. Di al Espíritu: Esto dice el Señor: Ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan.* Y profeticé como me lo mandó el Señor. Y entró en ellos el Espíritu, y revivieron y se pusieron de pie. Era una gran multitud» (Ez 37,1-10). Y más adelante añadió: «Esto dice el Señor: *Yo abriré vuestras tumbas, os sacaré de vuestros sepulcros y os llevaré a la tierra de Israel. Así sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros y saque mi pueblo de su tumba. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis. Y os llevaré a vuestra tierra, para que sepáis que soy el Señor. Dije y lo haré,* dice el Señor» (Ez 37,12-14).

Es, pues, el Creador, aquel que da la vida a nuestros cuerpos muertos, hasta donde es posible ver, el que ha prometido la resurrección y el que da la resurrección y la incorrupción a los que yacen en las tumbas y sepulcros (376) -«sus días serán como el árbol de la vida» (Is 65,22)-. El único que hace todas estas cosas se manifestó de esta manera como el Padre bueno, al conceder benigneamente la vida a los que por sí mismos no la tienen.

2.1.2. Signo de la unidad del Creador

[1165] 15,2. Por este motivo el Señor se mostró a sus discípulos con toda evidencia y les mostró al Padre, para que no fuesen a buscar otro Dios fuera de aquel que plasmó al hombre y le dio el soplo de vida; y para que no cayesen en la locura de imaginar otro Padre fuera del Creador. Y por eso a todos aquéllos sobre quienes diversas enfermedades habían recaído a causa del pecado, el Señor los curaba con su palabra. Les decía: «Ahora has quedado sano, ya no peques para que no te suceda algo peor» (Jn 5,14). De este modo mostró que los sufrimientos habían sobrevenido al hombre por el pecado de desobediencia. Mas al ciego de nacimiento le devolvió la vista no por medio de su palabra, sino por una obra. No lo hizo en vano ni al acaso, sino para mostrar la mano de Dios, la misma que al principio creó al hombre (377). Por eso, cuando los discípulos le preguntaron por qué motivo el hombre había nacido ciego, si por culpa suya o de sus padres, respondió: «Este no pecó, ni sus padres; sino para que se manifieste en él la acción de Dios» (Jn 9,3).

Mas la obra de Dios es la creación del hombre. Y esto lo llevó a cabo como una operación suya, según dice la Escritura: «Y Dios tomó barro de la tierra, y plasmó al hombre» (Gén 2,7). Por eso el Señor escupió en tierra, hizo lodo y le untó con él los ojos, para mostrar cómo había hecho la antigua creación, y para hacer ver la mano de Dios a quienes puedan entender, por medio de la cual el hombre fue plasmado de la tierra. Aquello que el Verbo artífice había dejado de hacer en el vientre, lo completó en público, «para que en él se manifieste la acción de Dios». No necesitamos ya otra mano fuera de aquella que plasmó al hombre, ni otro Padre, al saber que la mano de Dios nos plasmó al principio y nos plasma en el vientre de la madre, ella misma nos buscó en los

últimos días, al mirarnos perdidos (Lc 19,10), para recobrar su oveja perdida y volverla a cargar sobre sus hombros, a fin de llevarla, lleno de alegría, de nuevo al rebaño.

2.2. El Verbo nos salva

15,3. Porque el Verbo de Dios nos plasma en el vientre, dice Jeremías: «Antes de que te plasmara en el seno te conocí, y antes de que salieras del útero te santifiqué, a fin de ponerte como profeta para las naciones» (Jer 1,5). Y Pablo escribe algo semejante: «Cuando le plugo a aquel que me separó desde el seno [1166] de mi madre para que llevara su evangelio a las naciones» (Gál 1,15-16). Pues, como el Verbo nos plasma en el vientre, el mismo Verbo remodeló los ojos del ciego de nacimiento (378). Así mostró que, siendo nuestro Plasmador en lo escondido, se manifestaba visiblemente a los seres humanos, a fin de enseñarles cómo antiguamente habían sido modelados en Adán, cómo éste había sido hecho, y qué mano lo había creado, mostrando el todo por la parte: pues el Señor que había formado la vista, es el mismo que plasmó todo el hombre, obedeciendo a la voluntad del Padre.

Y porque el hombre necesitaba el lavado de regeneración en la misma carne plasmada en Adán, después de que el Señor ungió sus ojos con el lodo, le dijo: «Ve a lavarte en Siloé» (Jn 9,7). De este modo le devolvió, al mismo tiempo, lo que le correspondía a la creación y al lavado de la regeneración. Por eso, una vez que se hubo lavado, «volvió a ver» (Jn 9,7), a fin de que al mismo tiempo conociera a su Creador, y reconociera al Señor que le dio la vida.

2.3. Contra los valentinianos

15,4. También yerran los seguidores de Valentín, cuando dicen que el hombre no fue plasmado de la tierra, sino de una materia fluida y difusa. Porque es evidente que la tierra con la que el Señor formó los ojos del ciego es la misma con la cual plasmó al hombre al principio. Porque no era congruente que plasmase de una cosa los ojos y de otra el resto del cuerpo. Por el contrario, aquel mismo que al principio plasmó a Adán, con el cual el Padre habló: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26), en los últimos tiempos se manifestó a los hombres, al formar la visión del que, nacido de Adán, era ciego. Por eso la Escritura indica lo que había de suceder, cuando, habiéndose escondido Adán después de su desobediencia, al atardecer el Señor se acercó a él y lo llamó, preguntando: «¿Dónde estás?» (Gén 3,1). En los últimos tiempos el mismo Verbo de Dios vino a llamar al ser humano (379), para recordarle sus obras por las cuales se había escondido de Dios. Pues, así como entonces Dios buscó a Adán al atardecer para hablarle, así también en los últimos tiempos por medio de la misma voz lo visitó en busca de su raza.

[1167] 16,1. Y porque Dios plasmó de la tierra a Adán en todo cuanto es humano, la Escritura afirma que Dios le dijo: «Con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste sacado» (Gén 3,19). Pero si nuestros cuerpos vuelven a otra tierra después de la muerte, en consecuencia, de ella debería haber sido formado su cuerpo; en cambio, si vuelven a la misma, es evidente que de esta tierra ha sido plasmado, como el Señor lo puso de manifiesto cuando le abrió con ella los ojos al ciego. El Evangelio deja bien claro, por una parte qué mano de Dios plasmó a Adán y por la cual fuimos plasmados también nosotros; por otra, que es el mismo Padre, cuya voz desde el principio hasta el fin se hace presente a su creación; así como también la

substancia con la cual fuimos modelados. No es posible, pues, buscar otro Padre fuera de éste, ni otra substancia para ser plasmados, fuera de la que el Señor indicó y mostró, ni otra mano de Dios fuera de aquella que desde el principio hasta el fin nos modela y adapta a la vida, y que está presente a su creación para perfeccionarla según la imagen y semejanza de Dios.

16,2. Que todo esto sea verdadero, quedó probado cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose él mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a él a fin de que, por esa semejanza con el Hijo, el hombre se haga precioso para el Padre. En los tiempos antiguos, en efecto, se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios; pero no se mostraba, pues aún era invisible el Verbo, a cuya imagen el hombre había sido hecho. [1168] Por tal motivo éste fácilmente perdió la semejanza. Mas, cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Jn 1,14), confirmó ambas cosas: mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen, y nos devolvió la semejanza y le dio firmeza, para hacer al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible.

2.4. La cruz

2.4.1. Reparación de la desobediencia de Adán

[1169] 16,3. Y no sólo de las maneras que hemos dicho el Señor reveló al Padre y a sí mismo, sino también por su pasión. Porque disolviendo la desobediencia del hombre que tuvo lugar al principio en el árbol, «se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,8), curando por la obediencia en el árbol la desobediencia en el árbol (380). Pero no habría venido a disolver la desobediencia contra el que nos había plasmado, si hubiese anunciado a otro Padre. Pues por las mismas cosas por las que desobedecemos a Dios y no creímos en su palabra, por esas mismas llevó a cabo la obediencia y se confió a su palabra; de la manera más evidente nos mostró al mismo Dios al que habíamos desobedecido en el primer Adán no cumpliendo su mandato, al ser reconciliados por el segundo Adán haciéndose obediente hasta la muerte; porque tampoco éramos deudores de ningún otro, sino de aquel cuyo precepto habíamos transgredido al principio.

2.4.2. El perdón de los pecados

17,1. Porque éste es el Demiurgo que por su amor es Padre, por su poder es Señor, por su sabiduría Hacedor y Creador de todo, del que nos hemos hecho enemigos al transgredir su precepto. Y por eso en los últimos tiempos el Señor nos ha restituido a la amistad por su propia encarnación: haciéndose «mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2,5), propiciando por nosotros al Padre contra el cual habíamos pecado, y consolando nuestra desobediencia con su obediencia, puso en nuestras manos la conversión y la sumisión a nuestro Hacedor. Por ello nos enseñó a decir en la oración: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6,12), porque ciertamente es nuestro Padre del que somos deudores al transgredir su mandato. ¿Y quién es él? ¿Acaso es un Padre desconocido que ha dado no sé qué precepto no sé cuándo, o es aquel Dios del que predicaron los profetas (381), del que somos deudores por transgredir su mandato? Porque el precepto ha sido dado al hombre por el Verbo, pues está dicho: «Adán escuchó la voz del Señor Dios» (Gén 3,8). Bellamente su Verbo dice al hombre: «Te son perdonados tus pecados» (Mt 9,2; Lc 5,20), porque es aquel mismo contra el cual habíamos pecado al principio, y que al fin nos ofrece el perdón de los pecados. Pero si

hubiésemos transgredido el precepto de algún otro, sería otro el que dice: «Te son perdonados tus pecados», pero entonces no sería ni bueno ni verdadero ni justo. ¿Porque cómo puede ser bueno el que no da de lo suyo? ¿Cómo puede ser justo el que usurpa lo que pertenece a otro? ¿Y cómo puede perdonar en verdad los pecados, si aquel contra el que pecamos no es el mismo que concede el perdón «por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios en las cuales nos visitó» (Lc 1,78) por su Hijo?

17,2. Por eso, curado el paralítico, se dice: «Viendo las turbas, glorificaban a Dios que dio a los hombres tal potestad» (Mt 9,8). ¿A cuál Dios glorificaban las turbas circunstantes? ¿Acaso [1170] al Padre desconocido que han inventado los herejes? ¿Y cómo podían glorificar al que era del todo desconocido? Es evidente que los israelitas glorificaban al Dios que la Ley y los profetas proclamaron, el mismo que es Padre de nuestro Señor. Y por eso enseñaba a los hombres, con los signos que obraba, a que genuinamente diesen gloria a Dios (Lc 17,18). Si hubiese venido de otro Padre, los hombres que veían aquellos poderes habrían glorificado a otro Dios, siendo ingratos para con aquel Padre que lo había enviado para realizar las curaciones. Pero como el Hijo Unigénito había venido de aquel Dios para la salud de los hombres, por eso mediante los poderes que realizaba provocaba a los incrédulos a dar gloria al Padre, mientras a los fariseos que no recibían el advenimiento de su Hijo, y por eso no creían que él pudiera perdonar los pecados, les decía: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene el poder de perdonar los pecados» (Mt 9,6), y habiendo dicho esto ordenó al paralítico dejar su camilla en la que yacía e irse a su casa, lo que hizo para confundir a los incrédulos y para significar que él es la Voz de Dios, por la cual el hombre recibió sobre la tierra los mandamientos, transgrediendo los cuales éste se hizo pecador, y de los pecados se siguió la parálisis.

17,3. Perdonando los pecados curó al hombre y le manifestó quién era él mismo. Porque si ninguno puede perdonar los pecados sino sólo Dios (Lc 5,21), y si el Señor los perdonaba y curaba al hombre, era claro que él era el Verbo de Dios que se había hecho Hijo del Hombre, que como hombre y como Dios había recibido el poder de perdonar los pecados de parte del Padre, para que como hombre sufriese con nosotros y como Dios tuviese misericordia de nosotros y remitiese nuestras deudas (Mt 6,12) que habíamos contraído con Dios nuestro Creador (382). Por eso David predijo: «Dichoso aquél cuyas sus iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos. Dichoso el hombre a quien Dios no imputa el pecado» (Sal 32[31],1-2). Así mostró de antemano cómo sería el perdón por su venida, por la cual «borró el documento de nuestra deuda, y lo clavó en la cruz» (Col 2,14); de modo que, así como por un árbol nos hicimos deudores de Dios, así también por el árbol recibamos el perdón de nuestra deuda.

2.4.3. Figura de la cruz en el Antiguo Testamento

17,4. Lo mismo declararon muchos otros profetas, [1171] entre otros Eliseo. Cuando los profetas que lo acompañaban cortaron madera para fabricar el tabernáculo, el hierro del hacha se desprendió y cayó en el Jordán, de modo que no podían hallarlo. Al saber lo que había ocurrido, Eliseo se dirigió al lugar y arrojó al agua un pedazo de madera. Habiendo hecho esto, el hierro del hacha subió a la superficie, y los que antes lo habían perdido, lo sacaron del agua (2 Re 6,1-7). Mediante esta acción, el profeta mostró que el Verbo de Dios que nosotros habíamos perdido por negligencia, sacado de la madera, y no podíamos encontrarlo, también por la madera (de la cruz), según el plan de Dios, volvimos a recuperarlo. Pues, que el Verbo de Dios se asemeje a un hacha, lo dice Juan

Bautista: «Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles» (Mt 3,10). Y Jeremías habla de modo parecido: «La Palabra de Dios es como un hacha de doble filo que hiende la piedra» (Jer 23,29). Este Verbo, que estaba oculto para los hombres, se manifestó, como dijimos, según la Economía del árbol. Porque así como por el árbol lo perdimos, así por el árbol a todos se nos reveló de nuevo, mostrando en sí mismo la altura, anchura y profundidad y, como dijo uno de nuestros mayores, extendiendo las manos congregó los dos pueblos en el único Dios. [1172] Fueron las dos manos, porque eran dos los pueblos dispersos por la tierra (Is 11,12; Ef 2,15), y una sola cabeza en medio, porque «uno es Dios que está sobre todos, por todos y en todos nosotros» (Ef 4,6).

2.5. El Verbo vino a lo que era suyo

18,1. Tan elevada Economía no se realizó a través de creaturas ajenas, sino propias; ni fueron plasmadas por ignorancia o la penuria, sino que recibieron su ser de la sabiduría y el poder del Padre. Porque éste no era tan injusto como para desear lo ajeno, ni tan indigente como para no poder producir la vida por sus propios medios; sino que dirigió la propia acción creadora a la salvación del hombre. Ni la creatura hubiese podido llevarlo, si hubiese sido producto de la ignorancia y la penuria. Pues, que el Verbo de Dios hecho carne haya sido colgado del madero (Hech 5,30), de muchos modos lo hemos expuesto, y aun los mismos herejes confiesan que fue crucificado. Mas un producto de la ignorancia y la penuria ¿cómo podía cargar sobre sí al que es perfecto y conoce la verdad de todas las cosas? ¿Y cómo una creación separada y tan alejada del Padre pudo portar su Verbo?

Aun suponiendo que la creación fuese obra de los ángeles (independientemente de que hayan conocido o ignorado al Dios que está sobre todas las cosas), puesto que el Señor dijo: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14,11), ¿cómo la obra de los ángeles podría portar al mismo tiempo al Padre y al Hijo? ¿Cómo la creación que está fuera del Pléroma acogió a aquel que contiene todo el Pléroma? Cuanto acabamos de decir es imposible y carece de pruebas. Luego sólo la predicación de la Iglesia es verdadera, acerca de que la propia creación de Dios subsiste por el poder, arte y sabiduría divinos, y por eso lo portó. Pues si en el plano de lo invisible [1173] el Padre porta la creación, en el de lo visible, por el contrario, ésta porta a su Verbo. He aquí la verdad.

18,2. El Padre sostiene al mismo tiempo toda su creación y a su Verbo; y el Verbo que el Padre sostiene, concede a todos el Espíritu, según la voluntad del Padre: a unos en la creación misma les da el (espíritu) de la creación ([383](#)), que es creado; a otros el de adopción, esto es, el que proviene del Padre, que es obra de su generación. Así se revela como único el Dios y Padre, que está sobre todo, a través de todas y en todas las cosas. El Padre está sobre todos los seres, y es la cabeza de Cristo (1 Cor 11,3); por medio de todas las cosas obra el Verbo, que es Cabeza de la Iglesia; y en todas las cosas, porque el Espíritu está en nosotros, el cual es el agua viva (Jn 7,38-39) que Dios otorga a quienes creen rectamente en él y lo aman, y saben que «uno sólo es el Padre, que está sobre todas las cosas, por todas y en todas» (Ef 4,6).

De estas cosas da testimonio Juan, el discípulo del Señor, cuando dice en el Evangelio: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio ante Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1,1-2). Y luego dice acerca del Verbo: «En el mundo estaba, y el

mundo fue hecho por él, pero el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios, que son los que creen en su nombre» (Jn 1,10-11). Y adelante, hablando de la Economía según su humanidad, dice: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Y añade: «Y hemos visto su gloria, gloria del Unigénito del [1174] Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Abiertamente muestra a quienes quieran escuchar, esto es, a quienes tengan oídos, que uno es Dios Padre que está sobre todo, y uno su Verbo que actúa por medio de todas las cosas, pues todas las cosas por él fueron hechas; y que el mundo es suyo porque él lo hizo según la voluntad del Padre, y no fue hecho por los ángeles, ni por apostasía, defecto e ignorancia; ni por el poder de algún Prúnico que algunos llaman la Madre, ni por otro creador del mundo que no hubiese conocido al Padre.

18,3. El verdadero Creador del mundo es el Verbo de Dios. Este es nuestro Señor, el cual en los últimos tiempos se hizo hombre para existir en este mundo (Jn 1,10), de modo invisible contiene todas las cosas creadas (Sab 1,7), y está impreso en forma de cruz (384) en toda la creación, porque el Verbo de Dios gobierna y dispone todas las cosas. Por ello invisiblemente «vino a los suyos» «y se hizo carne» (Jn 1,11.14); por último colgó de la cruz para recapitular en sí todas las cosas (Ef 1,10). Mas «los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11), como dijo Moisés al pueblo: «Tu vida estará colgada delante de ti, y tú no le creerás» (Dt 28,66). Quienes no lo acogieron, tampoco recibieron su vida. «Mas a cuantos lo acogieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12).

El es quien tiene el poder del Padre sobre todas las cosas, porque es verdadero Verbo de Dios y verdadero hombre. Reina sobre todo lo invisible, y en el mundo visible establece su ley sobre todas las cosas para que se mantengan en orden. Reina abiertamente sobre todo lo humano y juzga a todos de manera digna y justa, [1175] según predijo David acerca de su venida: «Nuestro Dios vendrá y no callará». Y en seguida, para mostrar que es él quien juzgará, añade: «En su presencia arderá el fuego y azotará la tormenta. Desde lo alto llamará al cielo y a la tierra para juzgar a su pueblo» (Sal 50[49],3-4).

2.6. La Economía por la obediencia de María

19,1. Manifiestamente, pues, el Señor vino a lo que era suyo, y llevó sobre sí la propia creación que sobre sí lo lleva, (385) y recapituló por la obediencia en el árbol (de la cruz) la desobediencia en el árbol; fue disuelta la seducción por la cual había sido mal seducida la virgen Eva destinada a su marido, por la verdad en la cual fue bien evangelizada por el ángel la Virgen María ya desposada: así como aquélla fue seducida por la palabra del ángel para que huyese de Dios prevaricando de su palabra, así ésta por la palabra del ángel fue evangelizada para que portase a Dios por la obediencia a su palabra, (386) a fin de que la Virgen María fuese abogada de la virgen Eva; y para que, así como el género humano había sido atado a la muerte por una virgen, así también fuese desatado de ella por la Virgen, y que la desobediencia de una virgen fuese compensada por la obediencia de otra virgen; [1176] si pues el pecado de la primera creatura fue enmendado por el recto proceder del Primogénito, y si la sagacidad de la serpiente fue vencida por la simplicidad de la paloma (Mt 10,16), entonces están desatados los lazos por los que estábamos ligados a la muerte.

2.7. Los herejes chocan contra la Escritura y la Tradición

19,2. Los herejes son, pues, indoctos e ignorantes de la Economía de Dios, e inconscientes de su obra en cuanto hombre; engeguedidos para la verdad, ellos mismos contradicen su propia salvación: algunos introduciendo otro Padre distinto del Demiurgo; otros afirmando que el mundo y la materia fueron hechos por los Angeles; otros que estando tan lejana e inmensamente separada de su hipotizado Padre, la creación habría florecido y nacido de por sí; otros que el mundo y cuanto contiene habría tenido su substancia del Padre, pero tomada de la ignorancia y de la penuria; otros abiertamente desprecian la venida del Señor y no aceptan su encarnación; otros más desconocen la Economía de la Virgen, diciendo que fue engendrado por obra de José; algunos dicen que ni el alma ni el cuerpo pueden recibir la vida eterna, sino sólo el hombre interior, y a éste lo identifican luego con su mente (*noûs*), sólo la cual sería capaz de ascender al estadio perfecto; otros, que el alma se salva pero que el cuerpo no tiene parte en la salvación de Dios, como hemos expuesto ya en el primer libro, en el cual hemos narrado todas sus hipótesis, así como en el segundo hemos demostrado su incongruencia.

[1177] 20,1. Porque todos éstos vinieron mucho después de los obispos, a los cuales los Apóstoles encomendaron las Iglesias; y esto lo hemos expuesto con todo cuidado en el tercer libro. Todos los predichos herejes tienen pues necesidad, por su ceguera acerca de la verdad, de caminar por otros y otros atajos, y por eso las huellas de su doctrina se dispersan de modo desacorde e inconsecuente. Mas el camino de los que pertenecen a la Iglesia recorre el mundo entero, porque posee la firme Tradición que viene de los Apóstoles, y al verla nos ofrece una y la misma fe de todos, porque todos obedecen a uno y el mismo Dios Padre, creen en una misma Economía de la encarnación del Hijo de Dios, reconocen el mismo don del Espíritu, observan los mismos preceptos, guardan la misma forma de organización eclesial, esperan la misma parusía del Señor y la misma salvación de todo el hombre o sea del alma y del cuerpo. La predicación de la Iglesia es sólida y verdadera, en la cual se manifiesta uno y el mismo camino de salvación en todo el mundo. Esta ha creído en la luz de Dios, y por eso «la sabiduría» de Dios, por medio de la cual él salva a los hombres, «llama en la esquina de las calles concurridas, a la entrada de las puertas de la ciudad pronuncia sus discursos» (Prov 1,21). Porque en todas partes la Iglesia predica la verdad, y es el candelabro de las siete lámparas (Ex 25,31.37) que porta la luz de Cristo.

20,2. Cuantos abandonan la predicación de la Iglesia acusan de simplicidad a los presbíteros, sin entender cuánto dista el sencillo y religioso, [1178] del blasfemo y del sofista impúdico. Porque tales son todos los herejes, a quienes les parece haber encontrado fuera de la verdad ideas superiores, siguiendo a aquellos de que hemos hablado, fabricando caminos diversos, multiformes e inseguros, no teniendo siempre las mismas ideas sobre estas cosas; como ciegos guiados por otros ciegos justamente caerán en la fosa (Mt 15,14) de la ignorancia abierta bajo sus pies, buscando siempre y nunca encontrando la verdad (2 Tim 3,7). Es, pues, necesario huir de sus enseñanzas y estar cuidadosamente atentos para que no nos dañen, refugiarnos en la Iglesia para educarnos en su seno y alimentarnos con las Escrituras del Señor. La Iglesia ha sido plantada como el paraíso en el mundo. «De todo árbol, pues, del paraíso, podéis comer» (Gén 2, 16), dice el Espíritu de Dios, esto es, comed de toda la Escritura del Señor, pero no comáis con espíritu orgulloso ni toquéis nada de la disensión herética. Porque ellos confiesan tener por sí mismos la gnosis del bien y del mal (Gén 2,17), y por sobre Dios que los

creó arrojan sus pensamientos. Piensan más allá de los límites del pensamiento. Por eso dice el Apóstol: «No sepáis más allá de lo que se debe saber, sino sabed según la prudencia» (387) (Rom 12,3), no vaya a ser que, comiendo de su gnosis, que piensa saber más de lo que conviene, seamos arrojados del paraíso de la vida, al cual conduce el Señor a los que escuchan su predicación, «recapitulando en sí todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1,10); pero las cosas que están en los cielos son espirituales (*pneumatiká*), mientras las que están sobre la tierra son esta obra que es el hombre (388). Todas estas cosas ha recapitulado en sí, unificando al hombre y al espíritu, haciendo habitar al Espíritu en el hombre, haciéndose él mismo Cabeza del espíritu y dando su Espíritu al hombre como cabeza; por éste vemos, oímos y hablamos.

2.8. Las tentaciones de Cristo muestran que Dios es uno

[1179] 21,1. Habiendo pues recapitulado todo en sí, también recapituló nuestra lucha contra el enemigo; ha provocado y vencido a aquel que desde el principio nos había hecho cautivos en Adán, y ha quebrantado con el pie su cabeza como en el Génesis Dios dijo a la serpiente: «Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y la suya, éste (389) observará tu cabeza y tú observarás su talón» (Gén 3, 15). Desde entonces el que habría de nacer de la mujer virgen según la semejanza de Adán, se preancia que estará observando la cabeza de la serpiente, y ésta es la simiente de la que dice el Apóstol a los Gálatas: «Ha sido establecida la Ley de las obras hasta que viniese la simiente prometida» (Gál 3,19). Pero más claro lo expresa en la epístola cuando dice: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer» (Gál 4,4).

Porque el enemigo no sería justamente vencido si el que lo venciese no fuese un hombre nacido de mujer. Porque por una mujer había dominado sobre el hombre y se había opuesto desde el principio al hombre. Por eso el Señor mismo se confiesa Hijo del Hombre, para recapitular en sí a aquel hombre viejo del cual él mismo se hizo creatura mediante la mujer; para que así como por un hombre vencido nuestra raza descendió hasta la muerte, así también por un hombre victorioso ascendamos a la vida; y como la muerte recibió la palma contra nosotros por un hombre, así también nosotros por un hombre recibamos la palma contra la muerte.

21,2. Pero el Señor no habría recapitulado en sí aquella antigua enemistad cumpliendo la promesa del Demiurgo y ejecutando su mandato, si hubiese provenido de otro Padre. Mas siendo el mismo [1180] quien al principio nos plasmó y que al final envió al Hijo, el Señor ejecutó su precepto «nacido de mujer» (Gál 4,4) destruyendo a nuestro adversario y perfeccionando al hombre según la imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). Y por eso no lo destruyó de otra manera sino mediante las palabras de la Ley (390), usando como ayuda el precepto del Padre para destruir y refutar al ángel apóstata.

Para comenzar, ayunó 40 días siguiendo el ejemplo de Moisés y de Elías. Al final tuvo hambre (Mt 4,2), a fin de que lo reconozcamos como hombre real y verdadero -porque es propio de quien ayuna tener hambre-, donde el adversario hallase cómo entrar a atacarlo. Este, que en el paraíso sedujo con un manjar a un hombre que no tenía hambre, para que despreciase el mandamiento divino, al final no pudo disuadir a otro hombre hambriento de que esperase sólo el pan que viene de Dios. Pues cuando lo tentó diciéndole: «Si eres Hijo de Dios haz que estas piedras se conviertan en pan», el Señor lo rechazó citando un precepto de la Ley: «Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre*» (Mt 3,3-4; Dt 8,3). En cuanto a la condición «si eres Hijo de Dios», guardó silencio; en

cambio ennegreció al tentador confesándose hombre, y mediante la palabra del Padre le vació su argumento. De este modo la hartura del hombre por el doble bocado (391) se disolvió por la pobreza que se introdujo en este mundo.

Aquél, cuya tentación había sido destruida por la Ley, volvió al ataque con otra mentira sacada de la Ley. Lo llevó a lo más alto del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate abajo. Pues está escrito: *A sus ángeles te envió para que te lleven en sus manos, a fin de que tu pie no tropiece en la piedra*» (Mt 4,6). Escondió tras la Escritura su mentira, como hacen todos los herejes. Estaba escrito: «Te enviaré a sus ángeles»; en cambio «échate abajo» en ninguna parte lo dice la Escritura, sino que el diablo había inventado ese pretexto. El Señor [1181] lo refutó por la Ley, diciendo: «También está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios*» (Mt 4,7; Dt 6,16). Citando la Ley le mostró lo que toca al hombre, no tentar a Dios; y en el hombre que el tentador tenía ante los ojos, no tentar a su Dios y Señor. De esta manera, la soberbia de los sentidos en la serpiente quedó diluida en la humildad de este hombre.

Ya dos veces el diablo había sido vencido por la Escritura. Así se mostró por sus propias palabras enemigo de Dios, cuando quiso persuadirlo empujándolo a hacer lo contrario al precepto divino. Como un derrotado que pretende recoger todo cuanto le queda de fuerzas para apuntarlas hacia una mentira, en tercer lugar «le mostró todos los reinos y su gloria», y le dijo, según refiere Lucas: «Todo esto te daré, pues me ha sido entregado y lo doy a quien quiero, si postrándote me adoras» (Mt 4,8-9; Lc 4,6-7). De esta manera el Señor lo desenmascaró, diciendo quién era: «Apártate, Satanás, a tu Dios adorarás y a él solo servirás» (Mt 4,10). De esta manera su nombre lo desnudó y lo mostró tal como es: *Satanás*, palabra que en hebreo significa *apóstata*. Habiéndolo vencido por tercera vez, lo rechazó como a un derrotado legítimamente. De este modo se disolvió la transgresión de Adán al mandato de Dios, por la fidelidad del Hijo de Dios al precepto de la Ley, no desobedeciendo al mandato de Dios.

21,3. ¿Quién es, entonces, el Señor Dios del que Cristo dio testimonio, al que nadie tentó y al que debemos adorar y a él solo servir? Sin duda alguna es el mismo Dios autor de la Ley. Pues todo había sido prescrito por la Ley, y el Señor mostró, usando las palabras de la Ley, que la Ley del Padre proclama al Dios verdadero. El ángel apóstata de Dios [1182] queda desenmascarado al declararse su nombre, derrotado como fue y vencido por el Hijo del Hombre obediente al precepto divino. Como al principio persuadió al hombre a transgredir el precepto del Creador, y así lo sometió a su poder, que consiste en la transgresión y apostasía, con las cuales ató al hombre, era preciso que fuese vencido por el hombre mismo, y atado con las mismas cuerdas con las que él había amarrado al hombre. De esta manera el hombre, desatado, se podía volver a su Señor, abandonando al diablo los lazos con los que éste lo había ligado, o sea la transgresión. El encadenamiento de éste fue la liberación del hombre, pues «nadie puede penetrar en la casa del fuerte y robarle sus bienes, si primero no atare al fuerte» (Mt 12,29; Mc 3,27).

El Señor con su palabra le probó que todo lo suyo se oponía al Dios Creador de todas las cosas, y lo sometió por su (obediencia al) mandamiento -y este mandamiento es ley de Dios-: en cuanto hombre lo descaró como desertor, transgresor de la Ley y apóstata de Dios; y más tarde, en cuanto Verbo lo encadenó fuertemente, como a su propio fugitivo, y le arrebató los bienes, o sea los hombres de quienes él se había apoderado e injustamente se servía (392). Así fue justamente mantenido cautivo aquel que

injustamente había tenido prisionero al hombre; en cambio quedó libre el hombre sometido al poder de este amo, según la misericordia de Dios Padre que se compadeció de su creación y le concedió la salvación por medio de su Verbo. Así lo reparó, a fin de que el hombre aprenda por experiencia propia que no se vuelve incorruptible por sí mismo, sino por don de Dios.

22,1. Este fue el modo como el Señor claramente reveló que el único Dios y Señor verdadero es aquel que la Ley [1183] anunció -pues a aquel mismo Dios al que la Ley había de antemano proclamado, Cristo lo mostró como Padre, el único al que deben servir los discípulos de Cristo-. Este mismo venció al enemigo usando las palabras de la Ley -pues la Ley nos manda alabar y servir sólo al Dios Demiurgo-. Ya no cabe, pues, buscar a otro Padre además de éste o superior a él «porque uno solo es Dios, que justifica la circuncisión en virtud de la fe, y el prepucio por la fe» (Rom 3,30). En cambio, si hubiese habido otro Padre superior y perfecto, el Señor no habría destruido a Satanás por las palabras y preceptos de éste.

Por otra parte, la ignorancia no puede resolverse por otra ignorancia, así como la culpa no se borra por otra culpa. Así pues, si la Ley fuese producto de ignorancia y de culpa, ¿cómo podían las palabras en ella contenidas disolver la ignorancia del diablo y vencer al fuerte? Pues el fuerte no puede ser vencido por alguien inferior o igual a él, sino por uno más poderoso. Y el más fuerte sobre todas las cosas es el Verbo de Dios que proclama: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es tu único Señor. Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, a él lo adorarás y sólo a él servirás» (Dt 6,4-5.13). También en el Evangelio con las mismas palabras destruye la apostasía, y con la voz del Padre derrota al fuerte, y proclama en sus propios términos el mandato de la Ley, cuando responde: «No tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,7; Dt 6,16). Así pues, no destruyó al adversario y venció al fuerte con palabras ajenas, sino con las de su propio Padre.

2.9. Una sola Ley en los dos Testamentos

22,2. Librados por el mismo precepto, nos enseñó a los hambrientos a esperar el alimento que viene de Dios. Cuando se nos eleva con todo tipo de carismas, se nos confían las obras de justicia, o se nos agracia con el don excelente del ministerio, de ningún modo hemos de alzarnos y tentar a Dios, sino en todo hemos de sentirnos humildes y tener a la mano: «No tentarás al Señor tu Dios»; como enseña el Apóstol: «No atraídos por la altivez, sino con los sentimientos de los humildes» (Rom 12,16). Ni hemos de dejarnos cautivar por las riquezas, la gloria mundana o las fantasías del presente; sino que es necesario aprender a adorar al Señor Dios y a él solo servir, sin creer a quien falsamente promete lo que no es suyo: «Todo esto te daré, si postrado me adoras» (Mt 4,10; Dt 6,13); pues él mismo confiesa que adarlo y someterse a su voluntad es apartarse de la gloria de Dios.

[1184] Pues bien, ¿en qué cosa buena o deleitable puede tener parte el que cae, o qué otra cosa puede esperar sino la muerte? Pues la muerte está cerca del caído. Y no puede ni siquiera cumplir lo que ha prometido, pues ¿cómo podría darlo, si él mismo está caído? Además, como nuestro Dios tiene el señorío sobre todos y también sobre él, y sin la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos ni un pájaro cae por tierra (Mt 10,29), aquello mismo que él dijo: «Todo esto me ha sido entregado y yo lo doy a quien quiero» (Lc 4,6) no hace sino inflarlo de soberbia. Porque ni la creación está bajo su poder, siendo él mismo una creatura, ni es él quien otorga los reinos a los seres

humanos; ya que es el Padre quien dispone de todas estas cosas, así como de todo cuanto se refiere al hombre. Dijo el Señor, en efecto: «El diablo es mentiroso desde el principio, y no se mantuvo en la verdad» (Jn 8,44). Por tanto, si es mentiroso y no se mantuvo en la verdad, entonces no dijo la verdad cuando habló con engaño: «Todo esto me ha sido entregado y yo lo doy a quien quiero» (Lc 4,6).

2.10. El padre de la mentira

23,1. Porque ya se había acostumbrado a mentir contra Dios, con tal de seducir a los hombres. Al principio Dios había dado al hombre toda suerte de alimentos, y sólo le prohibió comer de un árbol, como en la Escritura Dios dijo a Adán: «Puedes comer de todo árbol del paraíso, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; pues el día que comieres de él, morirás de muerte» (Gén 2,16-17). El (diablo), mintiendo contra Dios tentó al hombre, como en la Escritura la serpiente dijo a la mujer: «¿Por qué dijo Dios: No comerás de ningún árbol del paraíso?» (Gén 3,1). Ella rechazó la mentira, y con simplicidad mantuvo el precepto al responder: «Podemos comer de todo árbol del paraíso, pero sobre el fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: *No comeréis de él ni lo tocaréis, para que no muráis*» (Gén 3,2-3).

Habiendo la mujer explicado el mandato de Dios, (el diablo) habituado a la astucia de nuevo la engañó usando otra mentira: «No moriréis de muerte. [1185] Dios sabía que si un día coméis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gén 3,4-5). En primer lugar, en el paraíso de Dios disputaba sobre Dios, como si éste estuviese ausente; ignoraba, en efecto, la grandeza divina. En seguida, habiendo oído de ella que Dios habría dicho que ellos morirían si gustaban de tal árbol, añadió otra mentira: «No moriréis de muerte». Mas, como Dios es veraz, y en cambio la serpiente es mentirosa, los efectos probaron que la muerte sería la consecuencia si ellos comían. Al mismo tiempo ellos gustaron del bocado y de la muerte; porque comieron por desobediencia, y la desobediencia produce la muerte. Por eso fueron ellos entregados a la muerte, pues se hicieron sus deudores.

23,2. Porque ellos murieron el mismo día en que comieron y se hicieron deudores de la muerte, por ese motivo uno solo es el día de la creación: «Se hizo tarde y mañana, día primero» (Gén 1,5). En el mismo día comieron y murieron. Considerando el ciclo y el curso de los días, de acuerdo al cual se les llama primero, segundo y tercero, si alguien quiere investigar con diligencia cuál de los siete días murió Adán, lo descubrirá a partir de la Economía del Señor. Porque él, para recapitular en sí a todo el hombre desde el principio hasta el fin, también recapituló su muerte. Es claro que el Señor, por obediencia al Padre, sufrió la muerte el mismo día en que Adán murió por desobedecer a Dios. Y en el mismo día en que comió, en ese día murió, pues Dios le dijo: «El día en que comiereis, moriréis de muerte» (Gén 2,17). Para recapitular en sí mismo ese día, el Señor asumió la pasión la víspera del sábado, o sea el sexto día de la creación, en la cual el hombre había sido plasmado, a fin de darle mediante su pasión la segunda creación, fruto de su muerte.

Algunos incluso ponen la muerte de Adán en el año mil, [1186] porque «los días del señor son como mil años» (2 Pe 3,8; Sal 90[89],4). Adán no sobrepasó, pues, los mil años, sino que murió dentro de ellos, para cumplir la sentencia de su transgresión. Sea, pues, por la desobediencia que lleva a la muerte, sea porque desde entonces fueron entregados a ella y se hicieron deudores de la muerte, sea porque murieron el mismo día

en que comieron ya que fue el primer día de la creación, sea por el ciclo de los días pues murieron el mismo día en que comieron, es decir en la Pascua (que significa la cena pura (393)) que cae en viernes (día que el Señor eligió para sufrir), sea porque Adán no sobrepasó los mil años sino que murió dentro de ellos: según el significado de todos los hechos anteriores, Dios se mostró veraz. Murieron los que comieron del árbol, y la serpiente se manifestó mentirosa y homicida, como el Señor dijo refiriéndose a ella: «Desde el principio es homicida y no permaneció en la verdad» (Jn 8,44).

2.11. El miente desde el principio

24,1. Así como mintió al principio, también mintió al final, cuando dijo: «Todo esto me ha sido entregado y lo doy a quien quiero» (Lc 4,6). Pues no es él, sino Dios, quien delimitó los reinos de la tierra: «El corazón del rey está en manos de Dios» (Prov 21,1). Y por Salomón dice la Palabra: «Por mí reinan los reyes y los poderosos ejercen la justicia; yo exalto a los príncipes y por mí los jefes reinan sobre la tierra» (Prov 8,15-16). Y sobre lo mismo, escribe Pablo: «Sujetaos a las autoridades constituidas; pues el poder no viene sino de Dios. Y las que hay están establecidas por Dios» (Rom 13,1). Y también dice refiriéndose a ellas: «Pues no sin motivo lleva la espada, pues es un ministro de Dios, para tomar venganza con dureza de los que obran el mal» (Rom 13,4). No dice esto a propósito [1187] de los poderes angélicos ni de príncipes invisibles, como algunos se atreven a interpretar, sino de los gobiernos humanos, pues dice: «Por eso pagáis tributos, pues son ministros de Dios y en eso ejercitan un servicio» (Rom 13,6). El Señor confirmó lo mismo, no haciendo caso de los engaños del diablo, cuando mandó a Pedro pagar a los cobradores el tributo por sí y por él, porque «son ministros de Dios y en eso ejercitan un servicio».

24,2. Una vez que el hombre se apartó de Dios, se convirtió casi en una fiera, de modo que tuvo por enemigo incluso al de su propia sangre, y se entregó a todo tipo de desorden, homicidio y avaricia, sin temor alguno. Por ello Dios impuso el miedo a los hombres, ya que no conocían el temor a Dios; los sujetó al poder humano y los controló con la ley, a fin de que ésta ejerza una cierta justicia y los hombres se controlen unos a otros, temiendo la espada que abiertamente los amenaza, como escribe el Apóstol: «No sin causa lleva la espada; porque es ministro de Dios, para ejercer la cólera y la venganza contra quien haga el mal» (Rom 13,4). Por este motivo a los magistrados, revestidos de la ley como divisa, no se les pedirá cuenta ni se les castigará por todo aquello en que actúen de manera justa y legítima. En cambio, si hicieren algo inicuo e impío para dañar al justo o para contravenir la ley, o ejercitaren su servicio de modo tiránico, perecerán; porque el justo juicio de Dios se aplica a todos por igual y no falla en ningún caso. Dios, pues, estableció el reino de la tierra en favor de los gentiles (no lo hizo el diablo, porque siempre anda inquieto, más aún porque pretende siempre que los pueblos no vivan en paz), a fin de que, temiendo el poder humano, los hombres no se traguen unos a otros como los peces, sino que por la disposición de la ley controlen la multiforme injusticia de los paganos. En este sentido *son ministros de Dios*. Y si son ministros de Dios, los que nos cobran los impuestos en ello ejercitan un servicio.

24,3. «Toda autoridad ha sido dispuesta por Dios». Es, pues, claro que el diablo miente cuando dice: «Todo me han sido entregado y lo doy a quien quiero». Aquel por cuya disposición existen los hombres, también con su mandato establece a los reyes adecuados a los tiempos y personas [1188] sobre las que reinan. Algunos son elegidos para la corrección y el provecho de los súbditos y para conservar la justicia; otros para

infundir temor, castigo y reproche; otros para la vanidad, insolencia y orgullo, según los súbditos lo merecen; pues, como hemos dicho arriba, el justo juicio de Dios recae igualmente sobre todos. Mas el diablo, siendo un ángel apóstata, puede hacer solamente lo que hizo desde el principio: seducir y arrastrar la mente del hombre a transgredir los preceptos de Dios, y cegar poco a poco los corazones de aquellos que se dedican a servirlo; de este modo les hace olvidar al verdadero Dios, y adorarlo a él como si fuese Dios.

24,4. Es como si un rebelde, habiéndose apoderado por la fuerza de una región, perturbara a quienes viven en ella, y reivindicara para sí la gloria del rey para gobernar a aquellos que ignoraran que es un ladrón y un rebelde. Del mismo modo el diablo, siendo uno de los ángeles elevados sobre los aires, como escribió el Apóstol Pablo en su Carta a los Efesios (Ef 2,2), por envidia del hombre (Sab 2,24) apostató de la ley divina: pues la envidia es ajena a Dios. Y como en el hombre quedaron desenmascarada su apostasía y al descubierto sus intenciones, el diablo se fue haciendo cada vez más enemigo del hombre, envidiando su vida y queriendo aprisionarlo en su poder rebelde. En cambio el Verbo de Dios hacedor de todas las cosas, venciendo al diablo por medio del hombre y dejando al desnudo su rebeldía, sujetó al diablo al poder del hombre, cuando dijo: «Os doy el poder de pisotear serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo» (Lc 10,19). De esta manera, habiendo él dominado al hombre por la apostasía, su rebelión quedó anulada por el hombre que retorna a Dios.

3. La escatología revela a un solo Dios y Padre

3.1. El Anticristo

25,1. Y no sólo por lo que hemos dicho, sino también por lo que sucederá bajo el poder del Anticristo, se prueba que el diablo, siendo apóstata y ladrón, quiere ser adorado como Dios; [1189] y se quiere proclamar rey, siendo un siervo. Porque él, recibiendo todo el poder del diablo, vendrá no como rey justo o legítimo sujeto a Dios, sino como impío, injusto y sin ley, como apóstata, inicuo y homicida, como un ladrón que recapitulará en sí la apostasía del diablo. Derrocará a los ídolos para persuadirnos de que él mismo es Dios, poniéndose a sí mismo como el único ídolo, resumiendo en sí los distintos errores de los ídolos, a fin de que, aquellos que adoran al diablo mediante muchas maldades, lo sirvan a él en su único ídolo. De este es de quien afirma el Apóstol en su segunda Carta a los Tesalonicenses: «Primero ha de venir la rebelión y manifestarse el hombre de pecado, el hijo de la perdición, el enemigo que se exalta a sí mismo sobre todo lo que llamamos Dios y es objeto de culto, hasta sentarse en el templo de Dios, haciéndose pasar a sí mismo por Dios» (2 Tes 2,3-4). El Apóstol claramente desenmascara su apostasía y que se alzarán contra todo lo divino y contra todo objeto de culto, es decir sobre todos los ídolos -pues no son dioses, aunque así los llamen los hombres-, y que él de manera tiránica se empeñará en mostrarse como Dios.

25,2. Además dio a conocer lo que muchas veces hemos dicho, que el templo de Jerusalén fue construido por mandato del verdadero Dios. El Apóstol mismo, hablando según su propio pensar (394), lo llama, en la plena acepción del término, *templo de Dios*. Y ya dijimos en el tercer libro (395) que el Apóstol nunca llama Dios, hablando en nombre propio, sino a aquel que es el Dios verdadero, el Padre de nuestro Señor, por cuyo mandato se construyó el templo de Jerusalén, por las razones que hemos expuesto. Pues en este templo se sentará el enemigo, tratando de mostrarse a sí mismo como el

Cristo, como dice el Señor: «Cuando viereis la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel, cuando estaba de pie en el lugar santo, [1190] el que lee entienda, entonces quienes estén en Judea huyan a los montes, y quien se encuentre en el techo no baje a sacar algo de la casa. Pues habrá una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, y como no la habrá jamás» (Mt 24,15-17.21).

25,3. Daniel, contemplando el fin del último reino, es decir los últimos diez reyes entre los cuales se dividirá el reino de aquellos sobre los cuales sobrevendrá el hijo de la perdición, dice que nacerán diez cuernos a la bestia, y que brotará un cuerno más pequeño en medio de ellos, y tres de los primeros cuernos serán arrancados en su presencia (Dan 7,7-8). «Y he aquí, dice, que este cuerno tenía unos ojos como ojos de hombre y una boca grandilocuente y su aspecto era superior al de los otros. Vi cómo ese cuerno hacía la guerra a los santos infligiéndoles violencia, hasta que llegó el Anciano en Días e hizo justicia a los santos del Dios Altísimo, y llegó el tiempo en que los santos tomaran posesión del reino» (Dan 7,8.20-22). Después, una vez terminada la visión, se le reveló: «La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, que sobresaldrá sobre los antiguos reinos, se tragará toda la tierra, la pondrá bajo sus pies y la hará pedazos. Los diez cuernos de la bestia son los diez reyes que se levantarán, después de ellos se alzaré otro que superará en maldades a todos los que lo precedieron, acabará con los tres reyes, lanzará palabras contra el Dios Altísimo, pisoteará a los santos del Dios Altísimo, y tratará de trastornar los tiempos y la ley. Y se le dará en la mano un tiempo y tiempos y medio tiempo» (Dan 7,23-25), es decir, tres años y seis meses, durante los cuales dominará la tierra.

También Pablo habla del tema en la segunda Carta a los Tesalonicenses, anunciando la causa de su venida: «Entonces se revelará el impío, al que el Señor Jesús matará con el soplo de su boca y lo destruirá con el esplendor de su venida. La llegada del maligno, por obra de Satanás, se manifestará con todo tipo de poder, de signos y portentos. [1191] Y con toda la carga de mentiras y seducciones engañará a los que se pierden, porque no han acogido el amor de la verdad para ser salvos. Por eso Dios les envía un poder que los engañe, para que crean en la falsedad y se condenen todos aquellos que no creyeron en la verdad, sino que se entregaron a la maldad» (2 Tes 2,8-12).

25,4. El Señor decía a los que no creían en él: «Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís. Si viniere algún otro en su propio nombre, a él lo recibiréis» (Jn 5,43), ese *algún otro* es el Anticristo, porque es extraño a Dios. Es el juez inicuo de quien el Señor afirmó que «no temía a Dios ni respetaba a los hombres» (Lc 18,2), al cual acudió aquella viuda que se había olvidado de Dios, es decir la Jerusalén terrestre, para reclamar venganza de su enemigo. Esto es lo que el Anticristo hará cuando reine: trasladará su reino a Jerusalén y se asentará en el templo de Dios, seduciendo a aquellos que lo adoran como a Cristo.

Por eso dice Daniel: «Desoló el lugar sagrado, impuso el pecado en lugar del sacrificio, echó por tierra la justicia, y prosperó en todas sus acciones» (Dan 8,11-12). Y el ángel Gabriel, al explicarle sus visiones, le dijo: «Al final de su reino se alzaré un rey con apariencia de bien y astuto en los asuntos. Tendrá mucha fuerza, causará maravilla, destruirá, gobernará y actuará, y exterminará a los poderosos y al pueblo santo. Se afirmará el yugo de sus cadenas; llevará en su mano la traición, su corazón se llenará de orgullo; con engaño hará morir a muchos y hará desaparecer a otros. A todos los aplastará como huevos con sus manos» (Dan 8,23-25). En seguida, para describir su

tiranía, durante la cual serán perseguidos los santos que ofrecen el sacrificio puro a Dios: «A la mitad de la semana pondrá fin a los sacrificios y libaciones, y levantará en el templo la abominación de un ídolo, hasta que se consume el tiempo la destrucción estará por encima de la desolación» (Dan 9,27). La mitad de la semana son tres años y medio.

25,5. En todos estos (pasajes) [1192] se anuncian no sólo las apostasías y se resumen las consecuencias de todo error diabólico, sino también al único Dios Padre, el mismo que los profetas anunciaron y Cristo puso de manifiesto. Es cierto que el Señor confirmó lo que Daniel había profetizado: «Cuando viereis la abominación de la desolación que el profeta Daniel predijo» (Mt 24,15); pero también el ángel Gabriel explicó a Daniel la visión (el mismo ángel del Demiurgo que llevó a María el claro anuncio del advenimiento y encarnación de Cristo: Lc 1,26ss), de donde se aclara con evidencia que se trata del único y mismo Dios que eligió a los profetas, envió a su Hijo y nos llamó a conocerlo.

3.2. La definitiva victoria de Cristo

26,1. Más claramente aún Juan, discípulo del Señor, escribió en el Apocalipsis acerca de los últimos tiempos y de los diez reyes que se dividirán el reino que ahora impera. Cuando explica el significado de los diez cuernos que Daniel vio, dice que esto le fue revelado: «Y los diez cuernos que viste son diez reyes a los que aún no se les ha dado el reino, sino que por una hora recibirán el poder junto con la bestia. Estos tienen una sola idea en su mente, la de entregar a la bestia la fuerza y el poder. Estos lucharán con el cordero, y éste los vencerá porque es el Señor de los señores y Rey de los reyes» (Ap 17,12-14). También se declara que aquel que viene matará a tres de ellos, los otros le quedarán sometidos, y el mismo será el octavo de ellos. Y devastarán Babilonia y la quemarán a fuego, le entregarán su reino a la bestia y perseguirán la Iglesia. Una vez acaecidas estas cosas, quedarán destruidos con la venida de nuestro Señor.

Que el reino será dividido [1193] y así acabará, lo dice el Señor: «Todo reino dividido perecerá, y toda ciudad o casa dividida no durará» (Mt 12,25). El reino, la ciudad y la casa se dividirán en diez partes. Ya el Señor preanunció esta división y partición.

Con precisión Daniel describe el final del cuarto reino, usando como imagen los dedos de los pies de la estatua que Nabucodonosor vio, sobre los cuales cayó la piedra no lanzada por ninguna mano: «Los pies eran parte de hierro y parte de barro, hasta que se desprendió una piedra sin que intervinieran manos, golpeó la estatua en los pies de hierro y barro, y los rompió por completo» (Dan 2,34). Y más adelante da la explicación: «Has visto que los pies y los dedos eran parte de hierro y parte de barro. Esto quiere decir que el reino será dividido, aunque tenga raíz de hierro, pues viste que el hierro está mezclado con arcilla. Y los dedos de los pies son en parte de hierro y en parte de barro» (Dan 2,41-42). Luego los diez dedos de los pies son los diez reyes entre los cuales se dividirá el reino, de los cuales unos serán fuertes, activos y eficaces, mientras otros serán descuidados e inútiles, y no se pondrán de acuerdo, como dice Daniel: «Parte del reino será fuerte y otra parte será débil. Así como viste el hierro mezclado con barro, así estarán mezclados los linajes humanos, y no se unirán unos con otros, así como el hierro no se alea con el barro» (Dan 2,42-43). Y como llegará a su fin, añade: «En el tiempo de esos reyes el Dios del cielo suscitará un reino que jamás será destruido, y cuya soberanía no pasará a otro pueblo. Destruirá y acabará con todos los

reinos y será exaltado para siempre, así como viste que del monte se desprendió una piedra sin intervención de manos, que rompió la arcilla, el hierro, el bronce, [1194] la plata y el oro. El Dios grande reveló al rey lo que ha de suceder. Su sueño es verdadero, y su interpretación es fidedigna» (Dan 2,44-45).

26,2. El Dios grande ha dado a conocer el futuro por medio de Daniel, y lo ha confirmado por el Hijo. Cristo es la piedra desprendida sin obra de manos, la cual destruirá los reinos temporales y establecerá el eterno, que consiste en la resurrección de los justos (Lc 14,14) -pues «el Dios del cielo suscitará un reino que jamás será destruido» (Dan 2,44)-. En consecuencia, recobren el sentido y acepten su engaño quienes, rechazando al Demiurgo, no aceptan que los profetas habían sido mandados por el mismo Padre que envió al Señor, sino afirman que los profetas provenían de diferentes Potencias. Pues, aquello que el Demiurgo había predicho de modo idéntico por todos los profetas, es lo mismo que Cristo realizó al final, llevando a cabo la voluntad del Padre para cumplir el plan salvador en su humanidad. A aquellos, pues, que blasfeman contra el Demiurgo -sea que lo hagan con sus propias palabras y de modo claro, como los seguidores de Marción, sea trastocando las palabras, como lo hacen los valentinianos y los que falsamente se llaman Gnósticos- quienes dan culto al Dios verdadero reconózcanlos como instrumentos de Satanás, por medio de los cuales el mismo Satanás hace lo que antes no se había atrevido, o sea maldecir a Dios, que preparó el fuego eterno para todas las apostasías (Mt 25,41).

3.3. Condena de Dios contra Satanás y los suyos

Pues él mismo no se atreve a blasfemar abiertamente contra su Señor, sino que desde el principio sedujo al hombre por medio de la serpiente, escondiéndose del Señor. Bien escribió Justino que antes de la venida del Señor, Satanás nunca se había atrevido a blasfemar contra Dios, pues ignoraba sobre su condenación, [1195] ya que los profetas habían hablado de él en parábolas y alegorías. En cambio, una vez que vino el Señor, por las palabras de Cristo y de los Apóstoles supo claramente que, por haberse separado de Dios por su propia voluntad, ha sido preparado para él el fuego eterno (Mt 25,41), así como para todos los que sin arrepentirse perseveran en la apostasía. Por medio de estos hombres blasfema contra el Señor su juez, como un condenado, e imputa a su Creador el pecado de su apostasía, y no a su decisión propia. Se parece a los que delinquen contra la ley y por eso reciben un castigo: se quejan de los jueces y no de su propia culpa. De modo semejante éstos, inspirados por el espíritu del diablo, acusan de muchas maneras a nuestro Creador que nos dio el Espíritu de vida y una ley para el bien de todos, y pretenden que el juicio de Dios no es justo. Por ese motivo inventan otro Padre que ni se preocupa de nosotros ni es providente en cuanto necesitamos, el cual incluso aprobaría todos los pecados.

27,1. Si el Padre no juzga, será o porque no le toca, o porque tolera todo cuanto los hombres hacen. Y si no juzga, entonces todos los seres humanos estaremos en el mismo plano. En tal caso sería inútil la venida de Cristo, el cual se contradiría si no va a juzgar: «Yo he venido a separar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra» (Mt 10,35); estando dos en mismo techo, uno será tomado y otro dejado; y, moliendo dos mujeres en el molino, a una se la llevarán y a otra la dejarán (Lc 17,34-35); al final de los tiempos ordenará a los segadores recoger primero la cizaña y atarla en haces para arrojarla al fuego eterno, y en cambio almacenar el trigo en el granero (Mt 13,30); llamará a los corderos al Reino preparado para ellos, y

arrojará a los cabritos al fuego eterno preparado por su Padre para el diablo y sus mensajeros (Mt 25,33-34.41).

¿Qué responder a esto? El Verbo vino para ruina y resurrección de muchos (Lc 2,34): para ruina de quienes no creen en él, [1196] los cuales en el juicio sufrirán una condena mayor que Sodoma y Gomorra (Lc 10,12); y para resurrección de quienes creen en él y cumplen la voluntad de su Padre que está en los cielos (Mt 7,21). Por consiguiente, si la venida del Hijo será igual para todos, a fin de juzgar y discernir por parejo a fieles e incrédulos -pues según su propia doctrina los fieles hacen su voluntad, y según su propia palabra los indóciles, confiados en su propia gnosis, no se acercan a su enseñanza-, es evidente que su Padre ha creado a todos por igual, ha dado a cada uno su propia capacidad de pensar y decidir libremente, ve todas las cosas y provee en favor de todos, «haciendo salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

27,2. A todos aquellos que guardan su amor, les ofrece su comunión. Y la comunión con Dios es vida, luz y goce de todos sus bienes. En cambio, según su misma palabra, a todos aquellos que se separan de él, los condena a la separación que ellos mismos han elegido. La separación de Dios es muerte, renuncia a la luz, tinieblas. La separación de Dios es pérdida de todos los bienes divinos. Por eso, quienes por la apostasía han perdido esas cosas, malogrados todos los bienes, viven en el castigo. No que Dios por sí mismo haya planeado castigarlos, sino que a ellos se les echa encima el sufrimiento de haberse separado por sí mismos [1197] de todos los bienes. Mas los bienes divinos son eternos y no tienen fin, por eso también es sin fin su pérdida. Es como la luz, que no tiene fin; pero a quienes se ciegan a sí mismos o a quienes otros privan definitivamente de la luz, para siempre les falta el gozo de la luz: no es que la luz los castigue con la ceguera, sino que su misma ceguera les produce el sufrimiento.

Por eso decía el Señor: «Quien cree en mí no será juzgado»; es decir, no será separado de Dios, pues está unido a él por la fe. «Mas quien no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios», pues de este modo él mismo se ha separado de Dios, por decisión propia. «Este es el juicio: que la luz vino a este mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz. Todo el que hace el mal odia la luz y no se acerca a ella, para que no se vean sus obras. Quien obra la verdad viene a la luz, para que se manifiesten sus obras, que él ha hecho en Dios» (Jn 3,18-21).

28,1. En este mundo unos se acercan a la luz y se unen a Dios por la fe. Otros, en cambio, se apartan de la luz y se alejan de Dios. Por eso vino el Verbo de Dios para asignar a cada cual su propia morada: [1198] a quienes están en la luz, para que gocen de ella y de todos los bienes; a quienes viven en las tinieblas, para que les toque el sufrimiento que brota de ellas. Es el motivo por el cual a los que están a su derecha los declara llamados a poseer el Reino del Padre; en cambio a los de su izquierda les dice que irán al fuego eterno (Mt 25,34.41); pues cada uno de éstos se ha privado de todos los bienes.

28,2. Por este motivo dice el Apóstol: «Como no acogieron el amor de Dios para salvarse, por eso Dios les envió un Poder del error, a fin de que sean juzgados cuantos no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad» (2 Tes 2,10-12). Una vez que venga (el Anticristo) con sus planes recapitulará toda la apostasía en sí mismo, realizará todo lo que haga por su propia voluntad y arbitrio, sentado en el

templo de Dios para que cuantos se dejen seducir por él lo adoren como a Cristo (2 Tes 2,4). Por eso justamente serán arrojados al estanque de fuego (Ap 19,20). Dios, por su parte, según su preciencia sabe de antemano todas las cosas, y a su debido tiempo enviará a quien debe cumplir estas cosas «para que crean en la falsedad y se condenen todos aquellos que no creyeron en la verdad, sino que se entregaron a la maldad» (396).

3.4. El nombre del Anticristo

Ya Juan en el Apocalipsis habló de esta venida: «La bestia que vi se parecía a una pantera. Sus patas eran como de un oso y su hocico semejante al del león. Y el dragón le dio su fuerza, su trono y un enorme poder. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero la herida mortal estaba curada. Toda la tierra admiró la bestia y adoró el dragón, porque dio el poder a la bestia. Y adoró la bestia diciendo: *¿Quién hay como esta bestia, y quién puede pelear con ella?* [1199] Y se le dio un hocico grandilocuente y blasfemo, y el poder durante 42 meses. Y abrió su hocico para blasfemar contra Dios, contra su nombre, contra su santuario y contra los habitantes del cielo. Y se le dio el poder sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los habitantes en la tierra cuyos nombres no están escritos desde la creación del mundo en el libro de la vida del Cordero degollado. Si alguno tiene oídos para oír, que oiga. El que deba ser llevado cautivo, irá al cautiverio. El que mate a espada, a espada morirá. Esta es la paciencia y la fe de los santos» (Ap 13,2-10).

En seguida habla de su escudero, al que llama pseudopofeta: «Hablabas como un dragón. Ejercías todo el poder de la primera bestia en su presencia. Y obligó a la tierra y a cuantos en ella habitan a adorar la primera bestia, cuya herida mortal está curada. Y realiza grandes prodigios, como hacer bajar fuego del cielo a la tierra, en presencia de los seres humanos. Y seducirá a los habitantes de la tierra» (Ap 13,11-14). Dice estas últimas palabras a fin de que nadie vaya a creer que lo hace por poder divino, sino por obra de magia. Ni haya quien se admire de que, por medio de los demonios y espíritus apóstatas que le sirven, realice signos para seducir a los habitantes de la tierra. «Y ordenará que se fabrique un ídolo de la bestia, y dará la vida a este ídolo para que hable, y mandará matar a cuantos no lo adoren. Igualmente mandó marcar un tatuaje en la frente y en la mano derecha, para que nadie más pudiera comprar o vender, sino quien tiene la marca de la bestia y la cifra de su nombre: y esa cifra es seiscientos sesenta y seis» (Ap 13,14-18), es decir, seis centenas, seis decenas y seis unidades, para recapitular toda su apostasía que se ha fabricado durante seis mil años.

[1200] 28,3. Pues el mundo se consumirá en el mismo número de miles de años como fueron los días en los que fue creado. Por eso dice la Escritura en el Génesis: «Y se terminó el cielo, la tierra y todo cuanto contienen. El día sexto Dios concluyó toda la obra que hizo, y el séptimo día descansó de todas las obras que realizó» (Gén 2,1-2). Esta es al mismo tiempo una narración de lo que Dios hizo, y una descripción profética de los hechos futuros. Porque, si «un día del Señor es como mil años» (2 Pt 3,8), y en seis días se completó la hechura de cuanto fue creado, es evidente que también su término será de seis mil años.

28,4. En todo tiempo el hombre, plasmado al inicio por las manos de Dios, o sea el Hijo y el Espíritu, sigue naciendo según la imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26), rechazando la paja que es la apostasía, y recogiendo en el granero el trigo (Mt 3,12), que son aquellos que por la fe fructifican en Dios. Por eso la tribulación es necesaria para

quienes se salvan; para que, en cierto modo triturados, molidos y dispersos por el poder del Verbo de Dios, sirvan cocidos para el banquete del Rey. Así se expresó uno de los nuestros [1201] que, condenado al martirio, fue arrojado a las fieras: «Soy trigo de Cristo, y me masticarán los dientes de las fieras, para que se me encuentre como trigo de Dios». [\(397\)](#)

3.5. El Anticristo recapitula toda la iniquidad

29,1. En los libros anteriores expusimos los motivos por los cuales Dios ha permitido que sucedan estas cosas, y mostramos cómo todos los hechos de esta naturaleza han acaecido para la salvación del hombre, porque le hacen madurar para la inmortalidad en todo aquello que cae bajo el poder de su libertad, y lo preparan para que sea más capaz de someterse a Dios para siempre. Por esta razón la creación está sometida a los seres humanos: en efecto, el hombre no fue hecho para ella, sino ella para el hombre. Con justa causa la Escritura juzgó aun a los paganos que se negaron a levantar sus ojos al cielo para dar gracias a su Creador y a contemplar la luz de la verdad, sino que como ratones ciegos se escondieron en lo profundo de su falta de sabiduría, «como gotas de agua en un balde, como granos de polvo en la balanza y como nada» (Is 40,15-17); mas son de utilidad para los justos, así como la caña es útil para que el grano crezca y la paja sirve para quemarse y con el fuego fundir el oro. Y por eso, cuando al final de los siglos la Iglesia se levante, «habrá una tribulación como no la ha habido desde el principio ni la habrá» (Mt 24,21): pues en los últimos tiempos los justos deberán luchar, y los vencedores recibirán la incorrupción como corona.

29,2. Por todo lo anterior, la bestia que ha de venir recapitulará en sí toda la iniquidad y todo crimen a fin de que, agrupando y encerrando en ella toda la fuerza de la apostasía, sea en ella arrojada al horno de fuego (Ap 19,20). [1202] Con razón su nombre llevará la cifra 666 (Ap 13,18), la cual recapitula toda la malicia anterior al diluvio, toda la mezcla de males que provocó la apostasía de los ángeles -Noé tenía seiscientos años cuando el diluvio cayó sobre la tierra (Gén 7,6) y aniquiló todos los seres vivientes sobre la tierra [\(398\)](#), por la perversidad de la generación en tiempos de Noé-. Esa apostasía recapitula todos los errores e idolatrías cometidos desde el diluvio, el asesinato de los profetas y los suplicios infligidos a los justos. El ídolo que Nabucodonosor erigió era de sesenta codos de alto y seis de ancho (Dan 3,1), y por negarse a adorarlo, Ananías, Azarías y Misael fueron arrojados al horno de fuego (Dan 3,20), prueba que sirvió como profecía de lo que sucederá al fin de los tiempos, cuando los justos sufrirán la prueba del fuego: pues dicho ídolo fue el preanuncio de la llegada de aquel que ordenará a todos los hombres sólo a él adorarlo. Así, pues, los seiscientos años de Noé, en cuyo tiempo cayó el diluvio por motivo de la apostasía, y el número de codos del ídolo por motivo del cual los justos fueron arrojados al horno de fuego, forman la cifra del nombre [1203] en el cual se recapitulan seis mil años de toda apostasía, injusticia, maldad, seudoprofecía y dolo, por los cuales descenderá también un diluvio de fuego.

3.6. El número de la bestia

30,1. Si lo anterior es verdad, si este número se halla en todos los manuscritos antiguos y autorizados, si dan testimonio de él todos aquellos que vieron a Juan cara a cara, y si la razón nos enseña que la cifra del nombre de la bestia según la computación de los griegos debe tener las letras que se hallan en 666 (es decir igual número de centenas,

decenas y unidades) -pues el número seis conservado en cada cifra parece recapitular toda la apostasía desde el principio, pasando por los tiempos intermedios hasta los últimos-, no sé cómo erraron algunos, con tal de seguir sus propias ideas, al cambiar el número intermedio del nombre; pues restaron cincuenta al número original, y pretendieron que fuese 10. Tal vez, imagino, fue error de amanuenses, [1104] porque, como en griego se ponen letras en lugar de números, fácilmente cambiaron la letra que significa 60, por la *iota*. Después otros pudieron hacer lo mismo, sin confrontar con el original. Otros simplemente asumieron ingenuamente el número 10. Incluso algunos, por ignorancia, se atrevieron a investigar los nombres que llevaban ese número falso. En mi opinión, Dios perdonará a todos los que por simplicidad y sin malicia hicieron esto; en cambio, a quienes, buscando una gloria vana, se decidieron por un nombre que lleva el número falso, y por su propia autoridad definieron el nombre de aquel que ha de venir, a éstos les irá mal, porque se sedujeron a sí mismos y a los fieles. El primer daño que han causado es alejarse de la verdad, juzgando como si fuese lo que no es; además, un castigo de la Escritura no despreciable recaerá sobre tales hombres. Se añadirá otro peligro no pequeño [1205] para quienes erróneamente presumen de conocer ese nombre: si creen que es un nombre, y el que vendrá tiene otro, él podrá seducirlos fácilmente, pues creerán que aún no se presenta aquél de quien deben precaverse.

30,2. Es preciso, pues, que tales personas cambien lo que han aprendido y tornen a la verdadera cifra del nombre, para que no sean juzgados entre los falsos profetas. Sino que, conociendo con certeza el número que la Escritura ha anunciado, o sea 666 (Ap 13,18), en primer lugar hagan caso de la división del reino en diez partes; y en seguida, mientras estos reyes gobiernan y sueñan en conseguir sus negocios y aumentar su reino, reconozcan a aquel que vendrá de repente a reivindicar su reino, aterrorizando a dichos reyes. Este será el que tenga el nombre que contiene la cifra de que hemos hablado. A éste es a quien hay que reconocer como la abominación de la desolación (Mt 24,15; Dan 9,27). A este se refiere el Apóstol: «Cuando digan: *Paz y seguridad*, será cuando la ruina caerá de repente sobre ellos» (1 Tes 5,3). Jeremías habla no sólo de su venida imprevista, sino también de la tribu de la cual ha de provenir: «Desde Dan se escucha el resoplar de sus caballos; toda la tierra temblará ante el relincho de sus corceles. Vendrá a devorar el país y todo cuanto hay en él: sus ciudades y sus habitantes» (Jer 8,16). Por este motivo el Apocalipsis no enumera dicha tribu entre las que se han de salvar (Ap 7,5-8).

30,3. Más seguro y sin peligro es esperar que se cumpla la profecía, que ponerse a adivinar o a hipotizar cualquier nombre; [1206] pues se pueden encontrar muchos nombres que llevan dicha cifra, y siempre se pondrá la misma cuestión. Porque si muchos nombres contienen tal cifra, siempre puede preguntarse cuál es el que llevará el que ha de venir. No decimos esto por falta de nombres que tengan esa cifra, sino por temor a Dios y celo por la verdad. *EUANTHAS*, por ejemplo, tiene la cifra que buscamos, pero no podemos afirmar nada sobre él. Así también el nombre *LATEINOS* encierra el número 666, y es un número verosímil, porque esta palabra señala el último de los reinos, pues los latinos tienen ahora el poder; pero no nos gloriamos de identificarlo. También *TEITAN*, que en la primera sílaba contiene una doble vocal griega: *E e I*, es el nombre más probable entre los que hallamos. Porque ese nombre consta de seis letras, cada una de sus dos sílabas consta de tres letras, y es un nombre antiguo y extraordinario; pues ninguno de los actuales reyes lleva el nombre de *Titán*, ni se denomina así ninguno de los ídolos que los griegos y los bárbaros adoran. Y, sin embargo, muchos consideran divino ese nombre, pues también se llama *Titán* al sol; y

en sí este nombre evoca un cierto sentido ostentoso de venganza y revancha, que parece simular las acciones del que ha de vengarse con malos tratos. Además es muy antiguo, digno y más propio de un rey que de un tirano. Pero, aunque [1207] el nombre de *Titán* sea tan probable, a tal punto que muchos se preguntan si no se llamará así el que ha de venir, sin embargo no correremos el riesgo de pronunciarnos acerca del nombre que habrá de llevar; pues sabemos que, si su nombre debiera ser claramente proclamado ya en el presente, lo habría dicho aquel que lo contempló en el Apocalipsis; además, esta visión ha tenido lugar casi en nuestro tiempo, hacia el final del imperio de Domiciano.

30,4. (El Apocalipsis) ha apuntado el nombre (del Anticristo) para precavernos de él cuando venga, sabiendo quién es. Pero calló el nombre, porque no es digno que el Espíritu Santo lo pregone. En efecto, si éste lo hubiese pregonado, podría permanecer por mucho tiempo. Mas puesto que «era pero ya no es; va a surgir del abismo pero para ir a la perdición» (Ap 17,8), como quien no existe, por eso no se ha proclamado su nombre. Cuando el Anticristo devastare todas las cosas en este mundo, y hubiese reinado durante tres años y seis meses, sentado en el templo de Jerusalén, entonces el Señor vendrá entre las nubes del cielo en la gloria del Padre (Mt 16,27). Entonces lo enviará al lago de fuego con sus seguidores (Ap 19,20), e instaurará el tiempo del reino para los justos, es decir el descanso, [1208] el séptimo día santificado, y cumplirá a Abrahám la promesa de la herencia. Este es el reino al cual, según la palabra del Señor, muchos vendrán de oriente y occidente, para tomar su lugar junto con Abraham, Isaac y Jacob (Mt 8,11).

4. La resurrección de la carne

4.1. Preparación gradual de los salvados

31,1. Sin embargo, muchos que simulan creer rectamente descuidan el orden que debe seguir el crecimiento de los justos, e ignoran el ritmo del camino hacia la incorrupción, interpretándolo con un modo de pensar herético -pues los herejes desprecian la creación de Dios y rechazan la salvación de su carne; también desprecian la promesa divina, y en su sentir de las cosas intentan superar a Dios; aseguran que al morir ellos subirán por encima de los cielos y del Creador, para ir a la Madre o a aquel a quien ellos imaginan como Padre-. Condenan la resurrección universal y, en cuanto de ellos depende, acaban con ella. ¿Qué de extraño si incluso ignoran el camino hacia la resurrección? ¿No quieren entender que, si las cosas fuesen como ellos enseñan, el mismo Señor, en el cual dicen creer, no habría resucitado de entre los muertos después de tres días, sino que al morir en la cruz de inmediato habría subido, abandonando el cuerpo en la tierra? Sin embargo, permaneció tres días en el lugar de los muertos, como dice de él un profeta: «El Señor se acordó de sus santos muertos que dormían en la tierra de la tumba, y bajó a ellos para sacarlos [1209] y salvarlos». (399) El mismo Señor dijo: «Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así también el Hijo del Hombre estará en el seno de la tierra» (Mt 12,40). Y el Apóstol escribe: «¿Qué quiere decir ascendió, sino que también descendió a las regiones inferiores de la tierra?» (Ef 4,9). También David profetizó acerca de él: «Y arrancaste mi vida del fondo del abismo» (Sal 86[85],13). Habiendo resucitado al tercer día, dijo a María, la primera que lo vio y quería adorarlo: «No me toques, pues aún no subo al Padre, sino ve a mis discípulos y diles: *Subo a mi Padre y vuestro Padre*» (Jn 20,17).

31,2. El Señor se sometió a la ley de la muerte para ser el Primogénito de los muertos (Col 1,18) y duró tres días en los lugares inferiores de la tierra (Ef 4,9), en seguida resucitó en la carne, de manera que mostró los agujeros de los clavos a sus discípulos (Jn 20,25-27), y subió al Padre. Entonces, ¿cómo no se avergüenzan de decir que los *lugares inferiores* son este mismo mundo en que habitamos, en cambio el *hombre interior* de quien hablan dejaría aquí el cuerpo, para subir a un lugar que está por encima de los cielos? Puesto que el Señor «habitó en la sombra de la muerte» (Sal 23[22],4), donde estaban las almas de los muertos, luego resucitó corporalmente y después de resucitar fue asumido, es evidente que las almas de los discípulos por los cuales el Señor realizó esta obra, irán a un lugar invisible señalado por Dios, y ahí permanecerán en espera de resucitar. En seguida recibirán sus cuerpos, y resucitando enteramente, es decir corporalmente, así como Cristo resucitó, se presentarán en la presencia de Dios. «Ningún discípulo está sobre su maestro; sino que todo discípulo consumado será como su maestro» (Lc 6,40). [1210] Sin embargo, nuestro Maestro no se retiró volando de inmediato, sino que después de su resurrección se detuvo durante el tiempo asignado por el Padre, simbolizado por Jonás: después de tres días fue asumido. De modo semejante también nosotros debemos esperar el tiempo que el Padre ha decidido para que resucitemos, como los profetas lo anunciaron. Así resucitaremos todos aquellos a quienes el Señor juzgare dignos.

4.2. Cumplimiento de las promesas divinas

32,1. Mas algunos cambian de opinión, dejándose arrastar por las prédicas de los herejes, e ignoran la Economía de Dios y el misterio de la resurrección de los justos y del Reino, que es el preludio de la incorrupción; Reino por el cual quienes fueren dignos poco a poco se acostumbrarán a captar a Dios. Por ello es preciso explicar acerca de este asunto, que, a la aparición del Señor, los justos serán los primeros en recibir la herencia que Dios prometió a los padres, despertando en una condición renovada de su ser, y con él reinarán; el juicio universal vendrá en seguida. Pues justo es que reciban los frutos de sus dolores en la misma naturaleza en la que han laborado o padecido, y han sido probados con todo tipo de sufrimiento; que reciban la vida en la misma naturaleza en la que fueron asesinados por el amor de Dios; y que reinen con la misma naturaleza en la cual fueron sometidos como esclavos. Pues rico es el Señor en todos los bienes, y todas las cosas son suyas. Por eso conviene que la misma creación restaurada en su estado original, sirva sin impedimento a los justos. El Apóstol declara todo esto en la Carta a los Romanos: «Con expectativa la creación espera la revelación de los hijos de Dios. Pues ella fue sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de que la creación misma será liberada de servir a la corrupción, para tener parte en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8,19-21).

32,2. De esta manera se mantiene fiel la promesa de Dios a Abraham: «Levanta los ojos y mira, desde donde estás, al norte y al sur, al oriente y al occidente: a ti y a tu descendencia daré para siempre toda la tierra que ves» (Gén 13,14-15). [1211] Y también: «Levántate y recorre en toda su longitud y anchura la tierra que te daré» (Gén 13,17). Sin embargo, Abraham no recibió en herencia ni siquiera un pie de aquella tierra (Hech 7,5), sino que siempre fue extranjero y peregrino (Gén 23,4). Y cuando Sara su esposa murió, no quiso recibir gratuitamente el terreno para sepultarla, aunque los heteos se lo ofrecían, sino que por 400 denarios compró de Efrón hijo de Seor el eteo, el lugar para la tumba (Gén 23,2-20). Lo hizo por fidelidad a la promesa divina, pues no quiso recibir de los hombres lo que Dios le había prometido cuando le dijo: «A tu

descendencia daré esta tierra, desde Egipto hasta el gran río Eufrates» (Gén 15,18). Mas si no recibió durante su vida la prometida herencia de la tierra, es preciso que la reciba en su descendencia, o sea en aquel que cree en el Señor y lo teme, cuando los justos resuciten.

Su descendencia es la Iglesia, que ha recibido del Señor la filiación adoptiva de su padre Abraham (400), como Juan el Bautista predicó: «Poderoso es Dios para hacer de las piedras hijos de Abraham» (Mt 3,9; Lc 3,8). Y el Apóstol dice en la Carta a los Gálatas: «Vosotros, hermanos, sois hijos según la promesa a Isaac» (Gál 4,28). En la misma epístola escribe que, quienes han creído en Cristo, reciben la promesa de Abraham: «Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: *A sus descendencias*, como si se tratara de muchos, sino de uno: *A tu descendencia*, o sea Cristo» (Gál 3,16). Y, confirmando lo que ha escrito, añade: «Abraham creyó y le fue reputado a justicia. Sabéis que quienes han nacido de la fe son hijos de Abraham. La Escritura, conociendo de antemano que Dios justifica a los gentiles por la fe, anunció a Abraham que todas las naciones serían en él benditas. Por este motivo, los fieles son bendecidos junto con Abraham el creyente» (Gál 3,6-9). Así pues, los fieles son bendecidos con Abraham el creyente, y por ello son hijos de Abraham. Dios prometió la herencia de la tierra a Abraham y a su descendencia. Y ni Abraham ni su descendencia, es decir los justificados ahora por la fe, poseen ya la herencia: la recibirán en la resurrección de los justos. Dios es fiel y no miente. Por ello el Señor proclamó: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (Mt 5,4).

4.3. La tierra prometida en herencia

[1212] 33,1. Esa es la razón por la cual, en el momento de afrontar la pasión, a fin de anunciar la Buena Nueva a Abraham y a quienes con él esperan la entrega de la herencia, habiendo dado gracias sobre el cáliz y bebido de él, lo dio a sus discípulos diciendo: «Bebed todos de él: éste es mi cáliz de la Nueva Alianza, que será derramado por (los) muchos para el perdón de los pecados. Os digo que dentro de poco ya no beberé del producto de la vid, hasta el día en que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre» (Mt 26,27-29). Prometió beber con sus discípulos el fruto de la vid en la tierra que recibiría en herencia, la que él mismo renovará y reintegrará (a su primer estado) para servir a la gloria de los hijos de Dios, como canta David: «Renovará la faz de la tierra» (Sal 104[103],30). En esta acción reveló a sus discípulos dos cosas: la herencia de la tierra en la que se beberá el vino nuevo, y la resurrección de la carne. Pues la carne que de nuevo resucita es la misma que bebe el cáliz nuevo. Porque, ni es inteligible que él beba el fruto de la vid con sus discípulos en un lugar superior a los cielos, ni que él y ellos lo beban sino en la carne; pues propio es de la carne y no del espíritu beber el vino de la vid.

33,2. Por eso el Señor decía: «Cuando hagas una comida o una cena, no invites a los ricos, vecinos y parientes, para que no te vayan a invitar a su vez, y así te den tu recompensa. Invita más bien a los cojos y mendigos, y serás dichoso, porque ellos no te lo pueden pagar, sino que recibirás tu paga en la resurrección de los justos» (Lc 14,12-13). Y decía también: «Quienquiera dejare campos o casa o parientes o hermanos o hijos por mí, recibirá cien veces más en este mundo, y en el futuro heredará la vida eterna» (Mt 19,29; Lc 18,29-30). ¿Qué significa cien veces más en este mundo, las comidas ofrecidas a los pobres y las cenas que tendrán una recompensa? Son aquellas que tendrán lugar al llegar el Reino, o sea en el séptimo día que fue santificado porque

el Señor descansó de todas sus obras (Gén 2,2-3), es decir, el verdadero sábado de los justos en el cual ya no llevarán a cabo las obras de la tierra, sino que hallarán preparada la mesa del Señor, que los alimentará con toda suerte de manjares.

[1213] 33,3. También se cumple la bendición con la que Isaac bendijo a Jacob, su hijo menor: «El olor de mi hijo es como el olor de un campo que el Señor bendijo» (Gén 27,27). El campo es el mundo (Mt 13,38). Por eso añadió: «El Señor te dé el rocío del cielo y mucho trigo y vino de la tierra fértil. Que las naciones te sirvan y los príncipes te adoren, y sé para tu hermano un señor, y te veneren los hijos de tu padre. Sea maldito quien te maldiga y bendito quien te bendiga» (Gén 27,28-29). Si lo anterior no se refiere al tiempo del Reino del que acabamos de hablar, caerá en grande contradicción y absurdo, como cayeron los judíos y siguen atrapados en dificultades. Pues no sólo las naciones no sirvieron a Jacob en esta vida, sino que, aun después de la bendición, él siguió sirviendo a su tío Labán el Sirio durante veinte años (Gén 28-31). Y no sólo no fue señor de su hermano, sino que, cuando regresó de Mesopotamia a la casa paterna, se postró ante Esaú y le ofreció muchos dones (Gén 32-33). ¿Cómo pudo recibir en herencia abundancia de trigo y de vino, si por la terrible hambruna de la tierra en que vivía, tuvo que emigrar a Egipto y someterse al faraón que en ese momento gobernaba el país? Por consiguiente, dicha bendición sin duda alguna tiene cumplimiento en el tiempo del Reino, cuando reinarán los justos que resucitarán de entre los muertos, el día en que toda la creación renovada y liberada producirá todo tipo de manjares, el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra.

Esto es lo que recuerdan haber oído de Juan, el discípulo de Jesús, los presbíteros que lo conocieron, acerca de cómo el Señor les había instruido sobre aquellos tiempos: «Llegarán días en los cuales cada viña tendrá diez mil cepas, cada cepa diez mil ramas, cada rama diez mil racimos, cada racimo diez mil uvas, y cada uva exprimida producirá 25 medidas de vino. Y cuando uno de los santos corte un racimo, otro racimo le gritará: *¡Yo soy mejor racimo, cómeme y bendice por mí al Señor!* De igual modo un grano de trigo [1214] producirá diez mil espigas, cada espiga a su vez diez mil granos y cada grano cinco libras de harina pura. Lo mismo sucederá con cada fruto, hierba y semilla, guardando cada uno la misma proporción. Y todos los animales que coman los alimentos de esta tierra, se harán mansos y vivirán en paz entre sí, enteramente sujetos al hombre».

33,4. El anciano Papías, que también escuchó a Juan como compañero de Policarpo, ofrece el testimonio siguiente en el cuarto de sus cinco libros, añadiendo: «Cuántos tienen fe aceptarán lo anterior. Y como Judas el traidor no creyese y le preguntase: *¿Cómo podrá el Señor producir tales frutos?*, el Señor le respondió: *Lo verán quienes irán a esa tierra*».

Esto es lo que profetizó Isaías: «Pacerán juntos el lobo y el cordero, la pantera jugará con el cabrito, el becerro y el toro pacerán con el león y un niño pequeño los conducirá. El buey y el oso pacerán juntos, sus crías andarán juntas y el león comerá paja con el buey. El niño meterá la mano en el agujero de la serpiente y en el nido de sus vástagos, y no le harán daño ni se podrá perder ninguno en mi monte santo» (Is 11,6-9). Y más adelante lo resume: «Entonces el lobo y el cordero pacerán juntos, tanto el buey como el león se alimentarán de paja, el pan de la serpiente será el polvo, y ninguno de ellos causará algún mal ni harán daño en mi monte santo. Palabra del Señor» (Is 65,25).

No se me escapa que algunos tratan de aplicar estas cosas a los hombres salvajes de diversos pueblos que se han convertido a la fe y viven en paz con los justos. Mas, aunque esto sucede a muchos seres humanos que de varias naciones paganas se acercan a la única fe, sin embargo esto tendrá cumplimiento en todos los seres vivientes después de la resurrección de los justos, como hemos expuesto. [1215] Porque Dios es rico en todas las cosas, y es necesario que, una vez restaurada la creación según el plan original, todos los animales estén sujetos al hombre, que vuelvan a comer el alimento que el Señor les dio al principio, como cuando, antes de la desobediencia, estaban sujetos a Adán (Gén 1,26-28) y comían los frutos de la tierra (Gén 1,30). Por otra parte, no se trata aquí de probar que el león se alimenta de paja: ésta simboliza la abundancia y exquisitez de los frutos; pues si un animal como el león se alimentará de paja, ¿de qué calidad será el trigo cuya paja sirve para alimentar leones?

4.4. Israel también invitado a esta herencia

34,1. Isaías anunció claramente el gozo de los buenos en la futura resurrección de los justos: «Resucitarán los muertos, se levantarán los que están en los sepulcros y se alegrarán los habitantes de la tierra; pues tu rocío es su salvación» (Is 26,19). También Ezequiel dice: «He aquí que abriré vuestras tumbas y os sacaré de ellas. Arrancaré a mi pueblo de los sepulcros, pondré mi Espíritu en vosotros y sabréis que yo soy el Señor» (Ez 37,12-14). Y en otro lugar añade: «Esto dice el Señor: *Recogeré a Israel de entre todos los pueblos donde han estado dispersos, y en ellos brillará mi santidad ante los gentiles. Habitarán la tierra que di a mi siervo Jacob. La habitarán en esperanza, construirán casas, plantarán viñas y vivirán en la esperanza. Cuando yo juzgue a quienes los han despreciado y a todas las naciones que los rodean, sabrán que yo soy el Señor su Dios y el Dios de sus padres*» (Ez 28,25-26). Hace poco hemos explicado que la Iglesia es la descendencia de Abraham. Pues para que advirtamos que estas cosas tendrán lugar en el Nuevo Testamento a partir del Antiguo, cuando el Señor recogerá de entre las naciones [1216] a quienes se salvarán, haciendo de las piedras hijos de Abraham, se cumplirá lo que Jeremías dice: «He aquí que llegan días, dice el Señor, en que ya no dirán: Vive el Señor, que sacó de Egipto a los hijos de Israel, y de todos los países a donde habían sido arrastrados. El los hará volver a su tierra, que había dado a sus padres» (Jer 16,14-15; 23,7-8).

34,2. Como Dios creó todas las cosas según su voluntad para que aumenten y lleguen a su culmen, y así puedan producir y madurar sus frutos, Isaías anuncia: «Sobre todos los montes altos y sobre toda colina elevada correrá el agua, aquel día en el que muchos perecerán y los torres caerán por tierra. La luz de la luna será como la del sol, y éste brillará siete veces más, cuando el Señor cure a su pueblo contrito y sane el dolor de sus heridas» (Is 30,25-26). El dolor de la llaga es el que al principio le causó Adán, lesionado por su desobediencia, es decir la muerte, de la cual el Señor nos sanará cuando nos resucite de entre los muertos y nos restituya la herencia de nuestros padres [que se encuentra en la bendición a Jafet: «Que Dios amplíe la tierra de Jafet y que habite en las casas de Sem» (Gén 9,27)]. (401) E Isaías dice: «Pondrás tu confianza en el Señor, y él te introducirá en los bienes de la tierra y te alimentará con la heredad de tu padre Jacob» (Is 58,14).

Por su parte el Señor dice: «Dichosos los siervos a quienes su amo, al llegar, halle velando. En verdad os digo que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y los servirá. Y si viene durante el turno de la tarde y así los encuentra, dichosos ellos, porque los hará

sentar y los servirá. Y si así los encuentra en la segunda y tercera vigilia, serán dichosos» (Lc 12,37-38). Lo mismo escribe Juan en el Apocalipsis: «Dichoso y santo el que tenga parte en la resurrección primera» (Ap 20,6). Isaías anunció cuándo sucederán estas cosas: «Y pregunté: *¿Hasta cuándo, Señor? Hasta que las ciudades queden desoladas y sin habitantes, en las casas ya no haya moradores y la tierra se torne desierta*. Después el Señor nos alejará a los hombres, y aquellos que queden se multiplicarán sobre la tierra» (Is 6,11-12). Lo mismo afirma Daniel: «A los santos del Dios Altísimo se les concedió el reino, el poder y la grandeza de los reyes, su reino será [1217] para siempre y todos los imperios le servirán y obedecerán» (Dan 7,27). Y, para que no se pensara que tal promesa se verificará en nuestro tiempo, el profeta añadió: «Ven y quédate en tu heredad cuando el tiempo se haya consumado» (Dan 12,13).

34,3. Jeremías enseña que estas promesas fueron hechas no sólo a los padres y a los profetas, sino también a las Iglesias llamadas de entre los gentiles, a las cuales el Espíritu llama *islas* porque, edificadas en medio de la turbulencia y de la tempestad, sufren los golpes de las blasfemias. Son un puerto de salvación para quienes se hallan en peligro, y un refugio para quienes aman la verdad (402) y tratan de huir del Abismo, o sea del error: «Escuchad la palabra del Señor, ¡oh pueblos!, y anunciadla a las islas lejanas: El Dios que dispersó a Israel lo reunirá y guardará como un pastor a sus ovejas. Porque Dios redimió a Jacob y lo arrancó de la mano de uno más fuerte que él. Vendrán y se alegrarán en el monte Sion, donde gozarán de sus bienes, en la tierra que produce trigo, vino, todo tipo de frutos, animales y ovejas. Su alma será como un árbol fructífero, y ya nunca tendrán hambre. Entonces las vírgenes se alegrarán en la asamblea de los jóvenes y los viejos se regocijarán. Convertiré su luto en alegría y los haré felices. Engrandeceré y embriagaré el alma de los sacerdotes descendientes de Leví, y mi pueblo se llenará de mis bienes» (Jer 31,10-14). En el libro anterior mostramos que levitas y sacerdotes son todos los discípulos del Señor, los cuales profanan el sábado en el templo, sin cometer falta (Mt 12,5). Por lo tanto, estas promesas claramente significan el banquete de la creación en el Reino de los justos, que Dios prometió a cuantos le sirven.

4.5. La Jerusalén celeste

34,4. Isaías añade, acerca de Jerusalén y de su Rey: «Esto dice el Señor: *Dichoso el que tiene descendencia en Sion y parientes en Jerusalén*. Pues reinará un rey justo y los príncipes gobernarán con justicia» (Is 32,1). Y acerca de los preparativos para reconstruirla, dice: «He aquí que te prepararé el diamante como piedra y el zafiro como cimiento; de rubí haré tus torres, de cristal de roca tus puertas y de piedras escogidas tu muro de defensa. Tus hijos serán discípulos del Señor [1218] y vivirán en paz. Sobre justicia serás edificada» (Is 54,11-14). Y también: «Yo construiré a Jerusalén para que se goce y a mi pueblo para que se alegre. [Y yo me alegraré en Jerusalén y me regocijaré en mi pueblo] (403). Ya no se escuchará en ella voz de llanto ni gemido; no morirá el niño en ella ni habrá anciano que no cumpla sus días. Será joven el que muera a los cien años, el pecador morirá a los cien años como un maldito. Construirán casas y ellos mismos habitarán en ellas; plantarán viñas y ellos mismos comerán sus frutos y beberán su vino. No construirán para que otros habiten, ni plantarán para que otros coman. La vida de mi pueblo se prolongará como la de un árbol, y durarán hasta envejecer las obras de sus manos» (Is 65,18-22).

35,1. Si algunos pretenden entender estas frases sólo en alegoría, no podrán siquiera ponerse de acuerdo entre sí. Las mismas expresiones sobre las que aleguen les convencerán, porque «cuando las ciudades de los gentiles queden desoladas y sin habitantes, en las casas ya no haya moradores y los campos queden desiertos» (Is 6,11), dice Isaías, «vendrá el día del Señor, terrible, lleno de furor, para convertir toda la tierra en desierto y para arrancar de ella a los pecadores» (Is 13,9). Y añade: «Que el impío sea exterminado para que no vea la gloria del Señor» (Is 26,10). Y, cuando todo esto sucediere, «Dios alejará a los hombres y los que queden se multiplicarán sobre la tierra» (Is 6,12). «Construirán casas y ellos mismos las habitarán; plantarán viñas y ellos mismos comerán» (Is 65,21). Todo esto se refiere sin duda a la resurrección de los justos, la cual acaecerá después de la venida del Anticristo.

Será también la perdición de todos los paganos que lo sigan, y en cambio los justos reinarán sobre esa tierra, creciendo en la visión del Señor, acostumbrados a vivir en la gloria del Padre, en comunión de vida con los ángeles, y en el Reino serán acogidos en la asamblea de los espirituales. Aquellos a quienes el Señor, al venir de los cielos, encuentre esperándolo [1219] en la carne tras haber sufrido la tribulación y haber escapado de las manos del impío, son aquéllos de los cuales dijo el profeta: «Y los que queden se multiplicarán sobre la tierra» (Is 6,12). Quienes queden en la tierra para multiplicarse son aquellos de entre los gentiles, a quienes el Señor hubiere preparado. Vivirán bajo el reinado de los santos y servirán en Jerusalén.

Más claramente aún el profeta Jeremías (404) habló de Jerusalén y de su Reino: «Mira al oriente, Jerusalén, y contempla el bienestar que el mismo Dios te envía. Mira, vienen a ti tus hijos a quienes has alejado, se reunirán de oriente y occidente convocados por la palabra del santo, para alegrarse con la gloria de Dios. Jerusalén, quítate el vestido de luto y de duelo, y vístete la gloria de Dios para siempre. Cíñete el doble manto de justicia que Dios te da, y ponte en la cabeza la corona de la gloria eterna. Porque Dios mostrará tu esplendor a toda la tierra bajo el cielo. El mismo Dios te pondrá como nombre para siempre *Paz de la justicia y Gloria de la piedad*. Levántate, Jerusalén, ponte en pie, mira al Oriente y ve a tus hijos reunidos desde donde sale el sol hasta el ocaso, convocados por la palabra del Santo, felices porque Dios se ha acordado de ellos. Ellos habían huido a pie, hostigados por los enemigos, y ahora el Señor los vuelve a conducir a ti, portados en gloria como el trono del rey. Pues Dios ordenó que todo monte elevado y toda colina eterna se abaje, y que los valles se llenen para emparejar la tierra, a fin de que Israel camine segura en la gloria de Dios. Al mandato de Dios todos los árboles olorosos y los bosques extendieron su sombra para Israel. Dios conducirá a Israel con alegría, en la luz de su gloria, con la justicia y misericordia que de él dimana» (Bar 4,36-5,9).

4.6. La Nueva Jerusalén y el Reino del Padre

35,2. Estos dones no pueden suponerse en una esfera superior a los cielos, «porque Dios mostrará tu esplendor a toda la tierra bajo el cielo» (Bar 5,3), sino en el tiempo del Reino, una vez que Cristo haya renovado la tierra y reedificado Jerusalén según el modelo de la Jerusalén de arriba, sobre la cual dice el profeta Isaías: «En mis manos pinté tus murallas y tú estás siempre delante de mis ojos» (Is 49,16). Y el Apóstol dice en la Carta a los Gálatas: «La Jerusalén de arriba es libre y madre de todos nosotros» (Gál 4,26). No lo dice acerca de algún Eón errante o *Entímesis*, [1220] ni de algún

Poder que se hubiese alejado del Pléroma llamado *Prúnico*, sino de la Jerusalén que Dios lleva impresa en sus manos.

En el Apocalipsis Juan la vio descender sobre la tierra nueva. Y después de los tiempos del reino, afirma, «vi un gran trono blanco y, sentado en él, a aquél de cuya presencia huyen la tierra y el cielo, los cuales no dejaron rastro» (Ap 20,11). Y describe cuanto se refiere a la resurrección y juicio universales: «Vi a los muertos, grandes y pequeños. El mar devolvió a los muertos que guardaba, y la muerte y el infierno entregaron a los muertos que tenían retenidos, y se abrieron los libros. Luego se abrió el libro de la vida, y según lo escrito en ellos los muertos fueron juzgados, de acuerdo con sus obras. La muerte y el infierno fueron echados al estanque de fuego. Ese estanque de fuego es la muerte segunda» (Ap 20,12-14). Lo llamamos *gehenna*, y el Señor lo describió como «fuego eterno» (Mt 25,41): «Y si alguien no se encontró escrito en el libro de la vida, fue arrojado al estanque de fuego» (Ap 20,15). Y más adelante añade: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar dejó de existir. Y vi la nueva Jerusalén, la ciudad santa, bajar del cielo como una mujer preparada para su esposo. Y oí una fuerte voz que salía del trono y decía: *Este es el santuario de Dios con los hombres, y habitará con ellos, los pueblos serán suyos, el mismo Dios estará con ellos y será su Dios. Y borraré toda lágrima de sus ojos y ya no habrá muerte, ni luto, ni duelo, ni dolor, porque el mundo viejo ha pasado*» (Ap 21,1-4). Isaías afirma lo mismo: «Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. No recordarán lo anterior ni les vendrá a la memoria, sino que la alegría y el gozo habitarán en ella» (Is 65,17-18). También lo dijo el Apóstol: «La apariencia de este mundo queda atrás» (1 Cor 7,31). Igualmente dice el Señor: «La tierra y el cielo pasarán» (Mt 24,35). Juan, el discípulo del Señor, dice que, cuando éstos hayan pasado, la Jerusalén de arriba descenderá sobre la tierra nueva como una mujer adornada para su esposo, y que éste es el santuario en el cual Dios habitará con los hombres. Imagen de esta Jerusalén es la primera Jerusalén, en la cual los justos se prepararon para la incorrupción y se dispusieron para la salvación. Moisés recibió en la montaña la figura de este santuario (Ex 25,40; Heb 8,5).

No podemos decir que se trata de una mera alegoría; sino que todo cuanto Dios preparó para la felicidad [1221] de los justos tiene un sólido y verdadero cimiento. Pues, así como es verdadero y no alegórico el Dios que resucita al hombre, igualmente será que el hombre resucite de entre los muertos, como lo hemos expuesto con los anteriores argumentos. Y, así como resucitará de verdad, así también se preparará verdaderamente para la incorrupción, se desarrollará y madurará en el tiempo del reino, a fin de capacitarse para la gloria del Padre. Al final, habiéndose todo renovado, habitará verdaderamente en la ciudad de Dios. En efecto, «dijo el que está sentado en el trono: *He aquí que renuevo todas las cosas*. Y el Señor dijo: *Escribe todas estas cosas. Estas son palabras verdaderas y dignas de confianza*. Y me dijo: *Lo he hecho*» (Ap 21,5-6). Así es justamente.

36,1. Porque, tratándose de verdaderos seres humanos, también habrá de ser real su traslación; no pasarán al no-ser, sino que, por el contrario, progresarán en su ser. Pues no se exterminará la substancia ni el ser de la creación -ya que es fiel y verdadero el que la sustenta-, sino que «pasará la apariencia de este mundo» (1 Cor 7,31), es decir del mundo en el cual acaeció la transgresión, en el cual el hombre se hizo viejo. Por tal motivo esa *apariciencia* fue creada temporal, [1222] de acuerdo con el plan divino, como explicamos en el libro anterior, donde tratamos, hasta donde nos fue posible, sobre las

razones por las cuales fue creado un mundo temporal (405). Una vez pasada la apariencia, renovado el hombre y ya maduro para la incorrupción, de modo que ya no pueda envejecer, «habrá un nuevo cielo y una nueva tierra» (Is 65,17), en la cual el hombre se mantendrá nuevo, siempre relacionándose con Dios de modo nuevo. Y, como todas estas cosas continuarán sin fin, Isaías escribió: «Así como este cielo nuevo y esta tierra nueva que hago permanecen en mi presencia -dice el Señor-, así permanecerán ante mí vuestra raza y vuestro nombre» (Is 66,22).

Como enseñan los Presbíteros, quienes fueren dignos de morar en los cielos, entrarán en ellos; otros gozarán de las delicias del paraíso; otros poseerán el esplendor de la ciudad; pero en todas partes verán a Dios, según la medida en que fueren dignos de contemplarlo.

[1223] 36,2. Habrá una diferencia en la habitación de aquellos que hayan fructificado el ciento por uno, el sesenta o el treinta (Mt 13,8): unos serán llevados al cielo, otros se detendrán en el paraíso y los terceros habitarán la ciudad. Por eso dijo el Señor que en la casa de su Padre hay muchas moradas (Jn 14,2). Todo pertenece a Dios, quien prepara a cada cual su habitación adecuada, como dijo su Verbo, que el Padre las distribuye a todos según los méritos de cada uno. Este es el salón de fiesta en el cual tomarán su lugar y se regocijarán todos los invitados a las bodas (Mt 22,1-14).

Los Presbíteros discípulos de los Apóstoles enseñan que este será el orden y providencia para los que se salvan, así como cuáles son los peldaños por los cuales se asciende: por el Espíritu subimos al Hijo y por éste al Padre, y el Hijo al final entregará su obra al Padre, como escribe el Apóstol: «El debe reinar, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. La muerte será el último enemigo vencido» (1 Cor 15,25-26). En efecto, cuando llegue el Reino, el justo, viviendo sobre la tierra, [1224] olvidará la muerte: «Habiendo dicho la Escritura que todo le está sujeto, exceptúa a aquel que todo le ha sometido. Cuando se le hayan sometido todas las cosas, también el Hijo se le someterá a aquel que le ha sometido todo, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Cor 15,27-28).

Conclusión: un solo Dios y Padre

36,3. Juan vio de antemano, con toda precisión, la primera resurrección de los justos (Ap 20,5-6) y la herencia en el reino de la tierra, de acuerdo con lo que habían anunciado los profetas. Lo mismo enseñó el Señor cuando prometió que bebería con sus discípulos la mezcla del cáliz nuevo en el reino (Mt 26,29). [Y también cuando dijo: «Vendrán días en que los muertos desde los sepulcros oirán la voz del Hijo del Hombre y resucitarán: quienes hayan hecho el bien, para la resurrección de la vida, y quienes hubieren hecho el mal, para la resurrección del juicio» (Jn 5,25.28-29). Primero habla de aquellos que resucitarán habiendo hecho el bien, para entrar en el reposo; después, de aquellos que resucitarán para ser juzgados; como dice la Escritura en el Génesis: que después de la consumación de este siglo, seguirá el día sexto (Gén 1,31-2,1), o sea el año 6000; porque éste será el día séptimo, día del descanso, como canta David: «Este es mi reposo, en él entrarán los justos» (Sal 132[131],14). Este séptimo día es el séptimo milenario (Ap 20,4-6) en el que reinarán los justos, en el que está prometida la incorrupción, una vez renovada la creación, para quienes hayan sido preparados para este fin]. (406) El Apóstol Pablo confesó que la creación sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom 8,19-21).

En todo esto y a través de todo, se ha revelado el mismo Dios Padre, el Creador del ser humano que prometió la herencia de la tierra a los padres, el que la dará a los justos en la resurrección, cuando cumplirá las promesas en el Reino de su Hijo, y como Padre nos otorgará todo aquello que «ni el ojo vio ni el oído oyó ni entró en el corazón del hombre» (1 Cor 2,9). Porque hay un solo Hijo, el que cumplió la voluntad del Padre, y una sola raza humana, en la cual se cumplen los misterios de Dios «que los ángeles desean contemplar» (1 Pe 1,12). Mas éstos no son capaces de penetrar en la Sabiduría de Dios (407), por cuya actividad la creación fue modelada a imagen de su Hijo y perfeccionada de acuerdo con el cuerpo que éste asumió. Porque (el Padre) tuvo en su mente que su Hijo Primogénito, el Verbo, descendiese a su creatura, o sea a la obra que había modelado, a fin de que ésta lo acoja y a su vez sea acogida por él, y se eleve hasta el Verbo, superando a los ángeles por hacerse a imagen y semejanza de Dios.

Terminan los cinco libros de Ireneo sobre la *Exposición y refutación de la falsa gnosis*.

356. Nótese las cuatro etapas del *anuncio* de la Palabra: profetas, Cristo, Apóstoles, la Iglesia. Ver I, 8,1; II, 2,6; 30,9; 35,4; IV, 34,1; D 98. [\[Regresar\]](#)

357. Por un pasaje muy semejante a éste (ver IV, 38,3), nos damos cuenta de que «el que es perfecto y anterior a toda la creación» y que da el crecimiento es, en la mente de San Ireneo, el Espíritu Santo. Una vez más tenemos aquí un texto trinitario: recibimos del Padre la existencia, según su previa elección y preconocimiento, por ministerio del Verbo, y el desarrollo por el de su Espíritu. Este plan de la creación lleva como de la mano a la Economía de la salvación por medio del Verbo hecho carne, para que de nuevo adquiramos la incorrupción. [\[Regresar\]](#)

358. «Nos rescató *logikós*» puede provenir de *Lógos* (el Verbo), y en tal caso sería «a la manera propia del Verbo», es decir, hecho carne: sólo así podía, *como Verbo*, rescatarnos para la salvación, y *como hombre*, entregarse por nosotros. Puede también entenderse *lógos* como *razón*, y entonces se traduciría «como era justo» o «como era razonable», dado lo que sigue: porque dominaba la apostasía injustamente. [\[Regresar\]](#)

359. San Ireneo no confunde al Verbo con el Espíritu Santo (claramente diferenciados en el párrafo anterior y *passim*), sino que está contrastando las dos realidades («naturalezas») del Verbo hecho carne: como Dios es espíritu, como hombre es carne. Pero, aun encarnado, el Verbo sigue siendo lo que es: Espíritu. [\[Regresar\]](#)

360. Es decir, los ebionitas han nacido, según el hombre viejo, del pecado. Rechazando la divinidad de Jesús, que ha venido a salvarlos, pierden toda esperanza de heredar de él la vida, el «nacimiento nuevo» como dice en seguida (ver IV, 33,4). Por otra parte, es claro por este pasaje que, para San Ireneo, la concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo es el signo de la divinidad de Cristo, condición para que recibamos la vida. Está implicada en este pasaje una teología simbólica por el paralelismo latente en el «intercambio»: el Hijo de Dios se ha hecho todo lo que somos, *pero con un nuevo nacimiento*, a fin de que nosotros, *con un nuevo nacimiento*, nos transformemos en todo lo que él es: nuestro viejo nacimiento según Adán llevaba a la muerte, el nuevo nacimiento (de Jesús, y el nuestro según él) lleva a la vida (ver III, 19,1 y IV, 33,4).

Nótese que, cuando San Ireneo habla de la virginidad de María, nunca pone el énfasis en ella misma, sino en su servicio a la revelación sobre lo que es su Hijo y al cumplimiento de su Economía. [\[Regresar\]](#)

361. «Adán jamás escapó de las manos de Dios», el Verbo y el Espíritu: por ellas fue hecho, ellas lo conducen por este mundo a través de su historia, un día le darán la resurrección y la vida del Padre, así como por ellas la recibió al principio (IV, Pr. 4; 20,1; V, 5,1; 6,1): perfecta expresión de la Economía trinitaria. [\[Regresar\]](#)

362. Signo de que, desde la Iglesia apostólica, era costumbre consagrar el vino mezclado con agua. [\[Regresar\]](#)

363. Es decir, la invocación (epiclesis) del presbítero, a tenor de IV, 18,5, a fin de que Dios consagre los dones. [\[Regresar\]](#)

364. San Ireneo indica el camino de la verdadera gnosis: no es fruto de la búsqueda mítica de los misterios escondidos en un mundo que nos supera, enteramente extraño a nosotros; sino del verdadero conocimiento de nosotros mismos, que por una parte nos descubre débiles y mortales, pero por otra (por razón del amor infinito del Padre y su poder divino) destinados a ser semejantes a él y a participar de su vida (ver IV, 39,1). [\[Regresar\]](#)

365. Nótese el plural: la *Economía* se refiere al único plan salvífico, las *economías* son las acciones y circunstancias concretas e históricas a través de las cuales, por Providencia divina, se desarrolla la Economía (ver IV, 31,1-2). [\[Regresar\]](#)

366. Es clara en este párrafo la antropología de San Ireneo: por naturaleza el ser humano es alma y cuerpo. El hombre *perfecto* recibe, además, el Espíritu del Padre, que da a nuestra carne el germen de la vida divina ya desde este mundo, y definitivamente en la resurrección de la carne. Nótese que, en la polémica contra los gnósticos, en este último elemento está puesto el énfasis: el hombre perfecto no es únicamente (como ellos lo pretendían) el pneumático: el Espíritu que hace perfecto al ser humano completo (alma y cuerpo) es el del Padre, pero el que resulta perfecto es el hombre de alma y carne: y éste último es el que resucita. Sin ésta no hay hombre perfecto (en griego, *téleios*, «perfecto», propiamente significa «completo», que nada le falta). [\[Regresar\]](#)

367. Ver II, 31,2; 32,4: San Ireneo está convencido de que el don de la profecía no es algo del pasado, sino que está vivo y actuante en la Iglesia, signo de la presencia del Espíritu. [\[Regresar\]](#)

368. Es decir, del alma, el elemento espiritual del hombre. En ninguna parte entiende San Ireneo el espíritu humano como diverso del alma, sino como distinto del Espíritu de Dios. San Ireneo no piensa como los gnósticos, sino como la Escritura. Para los gnósticos ciertamente hay diferencia entre la *psyché* y el *pneûma* humanos, porque están interesados en distinguir a los hombres psíquicos (simples cristianos) de los pneumáticos (ellos). [\[Regresar\]](#)

369. Por contraste, San Ireneo vuelve a aclarar su antropología: sin el Espíritu, el ser humano sigue siendo humano «como tal», un ser «animado» (o «con alma»), pero no perfecto, no destinado a la salvación, pues ésta supone la unión del hombre con el

Espíritu de Dios, que lo hace perfecto. Contra los gnósticos, que piensan en salvarse al abandonar el cuerpo y el alma, cuando su *pneûma* vuelva al Pléroma, San Ireneo afirma que ni el alma sola ni el Espíritu son el ser humano, luego no pueden ni uno ni otro ser el «hombre perfecto». [\[Regresar\]](#)

370. No es que Ireneo asuma aquí la constitución tripartita natural del hombre según la antropología gnóstica. El Espíritu que nombra aquí es el Espíritu Santo, como consta por lo que sigue: «es el que da la forma y *nos salva*». En la antropología gnóstica el espíritu es su elemento constituyente natural que *ya está salvado* por naturaleza. [\[Regresar\]](#)

371. En el original dice: «para que no rechacemos el injerto del Espíritu», pero dejada así la oración parece ambigua, pues podría significar que el Espíritu se nos injerta. En cambio, por la sentencia siguiente, es claro que el injerto somos nosotros y él es la cepa. [\[Regresar\]](#)

372. Ver III, 12,10 y 15,1. [\[Regresar\]](#)

373. Se ve que San Ireneo está citando de memoria, y se le han cruzado en la mente dos resurrecciones que acaba de mencionar. En efecto, el texto aquí citado se refiere al hijo de la viuda (Lc 7,14-15), pero la frase intercalada «y ordenó que se le diese de comer» corresponde a la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,43). [\[Regresar\]](#)

374. Es más claro para nosotros traducir de esta manera. San Ireneo dice literalmente: «para establecer *tòn ánthropon autoû (su hombre)*» (expresión a veces repetida: ver adelante, V, 14,4 y 21,2-3): es decir, para dejar bien asentado que es hombre. [\[Regresar\]](#)

375. *Ousía e hypóstasis*, términos aún no usados en el sentido posniceno, sino del lenguaje común; se podría traducir: "si debiese tener la materia de otra substancia". [\[Regresar\]](#)

376. San Ireneo interpreta la profecía de Ez como una promesa de la resurrección final de los muertos. De esta manera liga en una sola Economía la creación, la promesa profética y la resurrección, como obra del mismo Dios. Que la unidad de estos tres elementos sea para él un lugar común, es claro por varios pasajes (ver V, 4,1). Y concluye descubriendo en esta obra generosa la bondad del Padre que da la vida. [\[Regresar\]](#)

377. Si en 15,1 acaba de afirmar que es el mismo Demiurgo el que dio la vida al principio y dará la incorrupción al final, ahora añade que lo ha hecho por su mano, es decir, por medio de su Hijo. Y el hecho de que por medio del Hijo hecho carne devuelva al ciego la vista, es para San Ireneo un signo de esta unicidad del autor de la vida. En este pasaje añade la mediación del Hijo en ambas obras. [\[Regresar\]](#)

378. Está implícita la imagen de «la mano de Dios» en esta expresión: «modelar», «remodelar». Une la creación con el milagro de dar la vista al ciego de nacimiento, como signo de la futura resurrección, obra del mismo «plasmador» que trabaja con su mano. [\[Regresar\]](#)

379. Nótese como el Padre hace todo por su Verbo: no sólo por su medio ha plasmado al ser humano desde el principio, sino que también por él (que es su Voz y su Palabra) le ha hablado en todo tiempo (acabamos de leerlo en V, 16,1). Y este es su proceder constante en toda la Economía. Por eso también ahora el Padre sigue actuando y se nos revela por su Hijo. [\[Regresar\]](#)

380. En el proceso de «recirculación» la cruz tiene un lugar especial. San Ireneo hace la comparación entre el árbol del paraíso, símbolo de la desobediencia, y el árbol de la cruz, signo de la obediencia de Cristo que repara la primera caída: ver V, 17,3-4.9; 19,1; D 33-34. [\[Regresar\]](#)

381. Nótese la expresión genérica «por los profetas», que se ilustra por un texto del Génesis. Se explica fácilmente si advertimos que para los Padres toda la Escritura es profética, de modo que «los profetas» lo mismo indica (según el contexto) los escritores así llamados de modo típico, o los hagiógrafos en general. En este último sentido, por ejemplo, Constantino I confesó que el Espíritu Santo «habló por los profetas» (DS 150), para indicar que él inspiró toda la Escritura. [\[Regresar\]](#)

382. Preciosa confesión de fe de San Ireneo en quién es Cristo: es el Dios que perdona los pecados por su humanidad; pero que ha recibido del Padre esta potestad para redimirnos: Dios, hombre, redentor; y, como Dios, Hijo del Padre. Como hombre muere por nosotros, como Dios es imagen de la misericordia del Padre. [\[Regresar\]](#)

383. O «el espíritu creado». San Ireneo pasa del Espíritu de Dios al espíritu humano, y vuelve al Espíritu «que proviene del Padre porque es su generación (*ek tou Patrós, hó esti génnema autoû*)». Aún no está fijo el vocabulario trinitario. En los siglos siguientes el ser engendrado del Padre se reservará para el Hijo, y se dirá que el Espíritu «procede (*ekporeúei*)» del Padre. En el siglo II, como en la Escritura, aún no hay una teología sistemática que distinga al Hijo y al Espíritu Santo por su origen («ontológico»), sino por la manifestación de su «sello» en sus obras. Si los términos aún no están bien definidos, la idea sí es clara: distingue entre el espíritu creado (el alma) que recibimos al comenzar a existir, y el Espíritu del Padre que recibimos con la adopción. Es decir, *génnema* («engendramiento») no tiene la función de distinguir entre las «personas» en el interior de la Trinidad, sino entre el Hijo y el Espíritu (que proceden del Padre y pertenecen a la esfera divina) y la hechura (*pepoíesis*) o modelación (*plásis*) de las creaturas. [\[Regresar\]](#)

384. «En forma de cruz» (*kechiasménos*), San Ireneo representa con esta expresión el hecho de que, desde la creación, todo el universo está marcado con la imagen del Verbo, según la cual fue hecho. El Verbo está extendido «en forma de cruz» en todo el cosmos. Por eso, en su encarnación, también nos salvó extendiendo sus brazos en la cruz para abarcar a todos. Compárese con el siguiente pasaje de D 34, en el cual la cruz representa la extensión por los cuatro puntos cardinales: «Y como el Verbo mismo Omnipotente de Dios, en su condición invisible, está entre nosotros extendido por todo este universo (visible) y abraza su largura y su anchura y su altura y su hondura -pues por medio del Verbo de Dios fueron dispuestas y gobernadas aquí todas las cosas- la crucifixión (visible) del Hijo de Dios tuvo también lugar en estas (dimensiones anticipadas invisiblemente) en forma de la cruz trazada (por él) en el universo. Al hacerse en efecto visible, debió de hacer manifiesta la participación de este universo (sensible) en su crucifixión (invisible), a fin de revelar, merced a su forma visible, su acción (misteriosa

y oculta) sobre lo visible... y se extiende a lo largo desde el Oriente hasta el Ocaso y gobierna como piloto la región del Norte y la anchura del Mediodía y convoca de todas partes al conocimiento del Padre a los dispersos» (versión de E. Romero Pose, Madrid, Ciudad Nueva 1992, pp. 130-131). [\[Regresar\]](#)

385. Muy difícil juego de palabras: *tês idías autòn bastasáses ktíseos tês hyp'autoû bastadzoménes*: él sostiene la creación, ahora (por su encarnación) ha hecho que la creación lo sostenga a él. [\[Regresar\]](#)

386. Raíz de una teología posteriormente muy fecunda, y hecha común por San Agustín: María concibió en su seno la Palabra de Dios (al Hijo), por haber primero acogido en la obediencia de la fe la Palabra de Dios (el mensaje de su voluntad): primero concibió en su corazón, luego en su seno. [\[Regresar\]](#)

387. Versión al texto latino (de donde traducimos) un tanto pobre. Debe ser: «No os tengáis en más de lo que conviene, sino tened una estima moderada, según la fe». [\[Regresar\]](#)

388. Difícil de traducir *tà epì tês gês he katà tòn ánthropón esti pragmateía*. La idea es antigñóstica: para los herejes, el Cristo celeste ha recapitulado solamente los seres del Pléroma (pneumáticos), así como el Demiurgo (psíquico) ha recapitulado los seres psíquicos, en cambio los seres materiales están perdidos. San Ireneo habla del único Cristo encarnado que ha recapitulado en sí todas las cosas, tanto los seres celestes (pneumáticos), como la creación terrena «según el hombre (completo)», material y psíquico (cuerpo y alma). [\[Regresar\]](#)

389. En el griego de los LXX dice *autós* = éste: no es la mujer quien ha de quebrantar la cabeza de la serpiente, sino *éste*, el varón descendiente de la mujer. [\[Regresar\]](#)

390. Contra los gnósticos (especialmente Marción) que separaban al Dios del Antiguo Testamento, del Padre del Señor Jesucristo, les muestra que éste venció al demonio con las palabras de la Ley promulgada por Moisés. La unidad de la Escritura conduce a la unidad divina. [\[Regresar\]](#)

391. Es decir, por la desobediencia primero de Eva, luego de Adán. [\[Regresar\]](#)

392. Nótese la finura del pensamiento de San Ireneo: Jesucristo realizó la Economía en cuanto Dios y en cuanto hombre: «en cuanto hombre lo descaró (al diablo) como desertor», «en cuanto Verbo lo encadenó»; y, como ha dicho poco antes, «el encadenamiento de éste (el diablo) fue la liberación del hombre». Y, en esta obra, el obispo de Lyon siempre se refiere a un solo sujeto que la llevó a cabo (después se diría «a una *persona*»). Termina este pasaje atribuyendo toda la Economía a la misericordia del Padre, que la realizó por su Verbo. [\[Regresar\]](#)

393. Significa más bien *tránsito*, *salto* y su derivado *baile*. Fiesta que iniciaba la gran peregrinación de los pueblos pastores para buscar pastos. [\[Regresar\]](#)

394. Recuérdese la teoría de los gnósticos: los Apóstoles habrían predicado (y escrito) para los judíos, con la mentalidad judía. Por tanto Pablo, para adaptarse a los judíos (que creían en Yahvé como el Demiurgo) habría dicho que el templo de Jerusalén había

sido construido para éste. Por ello San Ireneo dice que Pablo, «hablando según su propio pensar» (*ek tou idíou prosó pou*), es decir, pensando en el único Dios que él conocía. Por eso añade el adverbio *kyríos*, que he traducido «en la propia acepción del término». [\[Regresar\]](#)

395. Ver III, 6,1; 10,1. [\[Regresar\]](#)

396. Texto aproximativo a 2 Tes 2,11-12, tal vez citado a memoria. [\[Regresar\]](#)

397. S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Ad Rom.* 3: PG 5, 808. [\[Regresar\]](#)

398. En el latín dice «para destruir la insurrección de la tierra» (*delens insurrectionem terrae*), en la retroversión griega, lit. «para destruir a los que se yerguen (*anástema*) de la tierra». [\[Regresar\]](#)

399. Una cita del Seudojeremías también citado en III, 20,4 (ver ahí la nota), donde lo atribuye a Isaías, y en IV, 33,12. No se conoce en la Biblia como la conservamos. [\[Regresar\]](#)

400. Es decir: los hebreos son hijos naturales de Abraham; pero la Iglesia ha sido convocada de todas las naciones, y sin embargo también es hija de Abraham: sólo puede serlo por adopción. [\[Regresar\]](#)

401. El pasaje entre corchetes no se halla en el texto latino. En la resurrección todos los pueblos salvados (aun los provenientes de la gentilidad) serán herederos de Jafet, es decir tendrán por herencia la tierra prometida. [\[Regresar\]](#)

402. El latín dice «que aman la altura», en contraposición al Abismo. En cambio el griego reconstruye «que aman la verdad» en contraposición al error. [\[Regresar\]](#)

403. Esta sentencia entre corchetes no se encuentra en el texto latino, sino sólo en el griego reconstruido. [\[Regresar\]](#)

404. Nótese que la cita no es de Jeremías, sino de Baruc. [\[Regresar\]](#)

405. Ver IV, 3-4 y 38,4: todo este mundo material, por hermoso que sea, tiene sólo un sentido: la definitiva salvación del ser humano completo (alma y cuerpo) en la resurrección de los muertos. Por eso pasará la «apariencia» de este mundo (en el cual tuvo lugar el pecado y la muerte), de modo que reluzca en plenitud el original plan divino sobre el hombre. [\[Regresar\]](#)

406. Este párrafo entre corchetes falta en el texto latino, se suple con el armenio. Traduzco de la versión griega. [\[Regresar\]](#)

407. Es decir, en la obra del Espíritu, una de las dos manos (el Verbo y la Sabiduría) mediante las cuales el Padre hizo todas las cosas. San Ireneo concluye con esta visión trinitaria, que ha iniciado en el párrafo anterior (V, 36,2): «Por el Espíritu subimos al Hijo, y por éste al Padre, y el Hijo al final entregará su obra al Padre». [\[Regresar\]](#)